

Evangelio, Política y Socialismos

Documento de trabajo propuesto por los Obispos de Chile. Santiago, 27 de mayo de 1971.

Presentación

Un documento de trabajo

Los Obispos de Chile, reunidos en la Asamblea Plenaria que tuvo lugar en Temuco, del 15 al 22 de abril recién pasado, nos propusimos la elaboración de un documento que respondiera a las exigencias de compromiso lúcido y responsable y, por lo mismo, de claridad doctrinal, que las actuales circunstancias de la vida nacional reclaman de los católicos. Por acontecimientos de todos conocidos, se hizo necesario dar a la publicidad, con fecha 22 de abril, una declaración rápida y sintética sobre estos mismos temas, antes de estar terminado el documento más arriba mencionado, que ahora entregamos.

Las líneas generales de este documento fueron fijadas en la Asamblea Plenaria y corresponden al pensamiento del Episcopado chileno. Pero la redacción definitiva del texto fue entregada a la Comisión Pastoral, para que lo presentara como un "documento de trabajo", es decir, como una orientación doctrinal destinada a iluminar y estimular las reflexiones y el compromiso personal y de grupo de los cristianos. Esperamos que se **trabaje** con él en los distintos círculos, organizaciones y comunidades de la Iglesia. En este sentido, se trata de un documento **interno** de la Iglesia y dedicado, especialmente, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los laicos que tienen cargos directivos en la acción pastoral, a quienes invitamos cordialmente a estudiarlo, tanto personalmente como en grupos, y a transmitir su contenido -en la medida que sea necesario- a todas las personas de quienes son responsables.

La Carta Apostólica de Paulo VI

Mientras se llevaba a cabo la redacción definitiva de este Documento, su Santidad Paulo VI, con ocasión de cumplirse los 80 años de "Rerum Novarum", la primera encíclica social de la Iglesia, promulgada por el Papa León XIII el 15 de mayo de 1891, ha dado a conocer su Carta Apostólica "Octogésimo aniversario", dirigida al Cardenal Mauricio Roy, presidente de la Comisión Pontificia de Justicia y Paz. En dicha carta (que entre tanto se ha publicado entre nosotros bajo el nombre "1971: Igualdad, participación"), el Santo Padre se refiere, en forma profunda y detallada, a muchos de los temas tocados en este "Documento de trabajo". Por eso -y dado que la orientación de ambos escritos coincide admirablemente-- nos ha parecido conveniente insertar en este texto los párrafos más relevantes de la Carta pontificia, indicando además -en otros casos en que nos pareció oportuno-- las concordancias correspondientes (lo hemos hecho mediante notas, en que hemos abreviado el título de la Carta Apostólica: C. Ap.). Así, este texto se ha enriquecido considerablemente y esperamos que sirva de invitación para el estudio del documento papal.

El deseo de los Obispos

Este "Documento de trabajo" lo entregamos a los responsables de las distintas comunidades

cristianas que constituyen nuestra Iglesia, haciendo plenamente nuestro el deseo y los anhelos que el mismo Paulo VI expresa en el N° 4 de su Carta:

"A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que aparezcan necesarias con urgencia en cada caso. En esta búsqueda de cambios a promover, los cristianos deberán, en primer lugar, renovar su confianza en la fuerza y la originalidad de las exigencias evangélicas. El Evangelio no ha quedado superado por el hecho de haber sido anunciado, escrito y vivido en un contexto socio-cultural diferente. Su inspiración, enriquecida por la experiencia viviente de la tradición cristiana a lo largo de los siglos, permanece siempre nueva en orden a la conversión de los hombres y al progreso de la vida en sociedad, sin que por ello se le vaya a utilizar en provecho de opciones temporales particulares, olvidando su mensaje universal y eterno".

LOS OBISPOS DE LA COMISION PASTORAL

Santiago, 27 de mayo de 1971.

I. Los cristianos y la historia

Cristo y la historia

1.- Cada año, en las festividades de Semana Santa, los cristianos volvemos a contemplar el misterio de la Muerte y Resurrección del Señor como eje de la Historia del Universo. Jesucristo, muerto y resucitado, se nos presenta a los cristianos como explicación última de cuanto existe y sucede. En Él, la Historia recibe su sentido más hondo y definitivo: como Historia de la infinita misericordia de Dios, que en Jesucristo muere por nosotros, y como Historia de la inimaginable grandeza del hombre quien, en la fuerza y la luz de la Resurrección de Cristo, es proyectado -por ese mismo amor misericordioso de Dios- hacia una plenitud tal de vida, que no sólo le hace trascender el tiempo y la muerte, sino, también, que rebasa y colma cuanto anhelo de infinito, de libertad y de amor bulle en su corazón e. impulsa su marcha sobre la tierra.

2.- Toda la Historia, desde su creación, está bajo el impulso de Cristo, como Verbo de Dios: de Él provienen esos anhelos profundos que la mueven. El los ha inscrito en lo más hondo del alma humana; y, en cada época, es El quien va haciéndolos madurar bajo la forma de aquellas aspiraciones fundamentales que llamamos "los signos de los tiempos". Pero esta maduración de la Historia reviste --desde el pecado- los caracteres de una **lucha** contra todo aquello que amenaza el avance de la humanidad en el sentido del llamado de Cristo. Por eso toda la Historia es Pascua de Cristo, es decir, lucha contra las fuerzas de muerte que amenazan y oprimen al hombre -sea desde su propio interior o desde fuera- y búsqueda de la liberación integral que resplandece ya, más allá de la Historia, en el cuerpo resucitado del Señor, como fin y coronación del universo y anticipo del Reino en que todos estamos llamados .a participar.

La Iglesia en la Historia

3.- La Iglesia es el Pueblo de quienes -por su fe en Jesucristo- han reconocido ya esta vocación pascual de la Historia. Su tarea consiste, por eso, en hacerse el **signo** vivo -la luz- que ayude a los

demás hombres a identificar también la raíz y fuente última de todas las energías nobles de liberación que cruzan y animan sus luchas personales y colectivas: la Pascua de Cristo, su paso victorioso de la muerte a la vida, en que todos -sepámoslo o no- estamos participando. Más aún, la Iglesia es el Pueblo llamado por Dios a ser, de manera especialmente consciente y activa, el **instrumento** que impulse a la Humanidad -mediante la energía de su **caridad** y su **esperanza**- a avanzar incesantemente en el sentido de su vocación de infinito. Ella debe ser, así, el fermento de toda realidad histórica hacia la plenitud de la Resurrección. Dios la quiere, por lo tanto, un Pueblo profundamente comprometido con la Historia: con su sentido y con su avance real, que de Jesucristo resucitado reciben su **iluminación** y su **energía** verdaderas.

4.- Sin embargo, la Iglesia debe reconocer, con toda humildad, que Ella no ha sabido responder siempre ni con plena fidelidad a esta hermosa vocación. Ella es un pueblo llamado a la santidad, pero formado por hombres pecadores. Sólo en los Santos, que han vencido al pecado, la Iglesia ha logrado ser plenamente Ella misma. Donde la santidad ha estado ausente, el egoísmo del pecado ha debilitado muchas veces la claridad de su testimonio y la eficacia de su amor al hombre. Pero el reconocimiento de sus humanas flaquezas, de su necesidad de perdón y de misericordia por parte del Señor de la Historia, no puede llevarla a oscurecer su misión, a no atreverse a proclamarla, tal como Jesucristo se la dio, aunque a su luz pueda ser Ella misma juzgada. Por el contrario, Ella debe renovar continuamente su voluntad de fidelidad total a Jesucristo y de luchar, en El y con El, a lo largo de los siglos, contra todo lo que amenace sepultar al hombre en la opresión, en el dolor y la muerte, y en favor de todo lo que le conduzca -aun a través de ese dolor- hacia la plenitud liberadora de la Resurrección.

El Evangelio, criterio y plenitud del humanismo

5.- El faro de la Iglesia en esta marcha y en esta lucha es el Evangelio que le ha dejado el Señor de la Historia. Su luz le permite reconocer lo que es fuerza de Vida y verdadero avance o aceleración de la Historia. Ella cree que su Evangelio puede ser invocado como medida de todo auténtico humanismo, pues su Autor es Quien mejor conoce al hombre -el Dios que le creó y que se encarnó para compartir su naturaleza y su suerte humanas- y Quien más le ama, pues murió para liberarlo y permitirle gozar de Vida en abundancia (1). Por eso, nada auténticamente humano puede contrariar el Evangelio. Pero no porque éste sea una simple "doctrina humanista" de origen divino. El Evangelio es otra cosa: es un llamado de Dios al hombre y a la comunidad humana a sobrepasarse infinitamente a sí mismos, abriéndose a la Vida divina que Cristo les trae. Pero esa plenitud **divina** que el Evangelio ofrece va **en la misma línea** en que el hombre busca su liberación **humana**: es justamente la respuesta a ese anhelo, una respuesta que lo colma por entero pero que, al mismo tiempo, lo sobrepasa. Quien vive el Evangelio se hace, así, a la vez **más humano** -más libre para amar y para el Amor- y **más que humano**, porque la libertad de la que goza en Jesucristo es la de los hijos de Dios. Por ello, toda la misión de la Iglesia en la Historia se resume en anunciar y hacer vida el Evangelio de Jesús resucitado.

El Evangelio, exigencia de liberación integral

6.- Como ya lo hemos dicho, las fuerzas de muerte y las fuerzas de Vida solicitan constantemente al hombre, tanto desde su propio interior como desde fuera, desde su ambiente social. Este "ambiente social" se nos presenta como un "tejido" de relaciones y vínculos múltiples entre los individuos que componen un grupo determinado (2). En cada grupo social, a través de la historia, ese tejido presenta una estructura original, diferente, una estructura que, en el fondo, está

constituida más bien por todo un conjunto de estructuras a diversos planos: estructuras de comunicación, que el grupo se da para que sus miembros entren en relación (el lenguaje y los medios de comunicación que usa); estructuras de pensamiento, opiniones, ideas, ideologías, que representan los lugares de coincidencia de su diálogo); estructuras morales (prejuicios, costumbres, principios que regulan y valoran el comportamiento del grupo); estructuras religiosas (destinadas a expresar y vivir la relación a Dios y, con ello, la visión y valoración última que el grupo tiene del universo); estructuras sociales (que determinan las relaciones mutuas de los grupos más pequeños dentro del todo); estructuras jurídicas (que regulan los derechos y deberes de las personas y grupos); estructuras políticas (que señalan la forma de participación de las distintas personas y grupos en la generación y en el ejercicio del poder social); estructuras económicas (que ordenan el empleo de las fuerzas y medios productivos del grupo), etc.

7.- Todas estas estructuras culturales son para el hombre; para ayudarle a vivir en sociedad. Es el hombre quien las conforma, pero las estructuras revierten sobre él, condicionando y conformando -a su vez- toda su vida social. Pero como ese hombre que las plasma y las maneja es un hombre que lleva en su corazón -al mismo tiempo- una carga de vida y una carga de muerte, estas estructuras están también impregnadas de fuerza liberadora u opresora. Esto último puede suceder desde un comienzo: hay estructuras que son antihumanas en sí mismas (por ejemplo, la esclavitud). Otras veces puede tratarse de estructuras en sí buenas, pero usadas abusivamente (cierta propiedad privada utilizada con fines egoístas) o, también, de estructuras que fueron liberadoras en otro tiempo y que, superadas por el desarrollo social, se han convertido en peso muerto, en freno para el progreso (por ejemplo, un sistema anacrónico de legislación sindical). De esta manera, en la medida que la historia avanza bajo el impulso de las aspiraciones humanas fundamentales -que Cristo va haciendo madurar y que se expresan en los signos de los tiempos- hace cambiar las estructuras culturales de cada grupo humano o su justicia y utilidad en relación a la nueva situación del grupo y hace también variar -y adquirir siempre nuevos rostros- a las fuerzas sociales de liberación o de opresión.

8.- Al anunciar la liberación integral del hombre, Cristo resucitado aparece como vencedor de toda fuerza de muerte: tanto del pecado encarnado en el corazón del hombre, como del pecado encarnado en las diversas estructuras culturales que los distintos pueblos se van dando a través de los tiempos. Por eso, para que su Pascua se haga plenamente la Pascua (la Liberación) de toda la Historia, es indispensable que su energía liberadora pase no sólo a través de todos los corazones de los hombres y de las aspiraciones propias y nobles que cada época va encendiendo en ellos, sino, también, a través de todas las estructuras que condicionan la vida de la sociedad humana sobre la tierra (3). Sólo así se asegurará, efectivamente, la liberación personal de todos y cada uno.

9.- Llevar adelante esta cruzada de liberación integral constituye una especial responsabilidad de los cristianos. Sin embargo, la lucha contra el pecado de las estructuras es tarea difícil: las estructuras sociales no sólo pueden ser tan complejas como el corazón humano, sino que, además, son permanentemente variables y muy diferentes las unas de las otras, entre un país y otro país, entre una época y otra época. Es, por lo mismo, ardua tarea discernir, a la luz del Evangelio, lo que en las estructuras sociales mata o vivifica al hombre. Pero nuestra fidelidad a Cristo resucitado nos exige este esfuerzo de iluminación en cada momento de la historia, para que nuestro compromiso con su misión liberadora pueda realizarse de manera integral y eficaz.

II. El desafío del momento presente

La Iglesia chilena ante la necesidad de optar

10.- Si nuestra Iglesia chilena volvió a conmemorar la Resurrección del Señor en 1971, es porque desea hacerla real en su aplicación al Chile real de 1971, a este Chile donde, como en toda América Latina, los pobres y oprimidos exigen, **con derecho**, que la liberación que trajo Cristo Resucitado se haga eficaz también para ellos, ya desde ahora, y no sólo como fermento transformador de sus corazones y aspiraciones sino humanizando y redimiendo también de verdad el ambiente social en que viven. Para responder a esa exigencia, la Iglesia chilena -independientemente de todo lo ya obrado en el pasado a través de sus múltiples instituciones y movimientos, tanto en el campo religioso como en el educacional y social- quiere centrar ahora sus fuerzas, en primer lugar, en la intensificación de su acción evangelizadora, en la proclamación y explicación de su mensaje y en la formación de líderes y de pequeñas comunidades auténticamente penetradas del espíritu del Evangelio (4): la primera de todas las soluciones para hacer real la Pascua de Cristo en sus múltiples dimensiones, consiste en hacer real **la conversión al Evangelio integral**. De esta manera se esclarecen los valores supremos que deben orientar toda la vida personal y social de los cristianos, bajo cualquiera de sus aspectos; se educan hombres **liberados** y comunidades **solidarias** que deberán convertirse en portadores preclaros de esos valores y, por consiguiente, en los agentes más dinámicos de auténtica liberación; y se les coloca en contacto vital con Jesucristo y el Padre, quienes les participan el Espíritu Santo, como fuente permanente y victoriosa de luz y de energía para dicha tarea. Pero los efectos libertadores del Evangelio integralmente vivido deben llegar a repercutir eficazmente, como ya se ha dicho, en el ambiente social, cultural, político y económico. Es **solamente** a este aspecto de la tarea de los cristianos al que nos referiremos en este documento.

11.- Chile se halla hoy día en medio de un acelerado proceso de cambios económicos, sociales, políticos y culturales. Además, nos encontramos bajo el impacto gigantesco que el progreso técnico ha producido en la vida de todos los países modernos. Realmente, todo parece fluir y transformarse -también nuestro lenguaje, nuestras categorías mentales, nuestros criterios de valoración- y palpamos mucho de ambigüedad en estos desarrollos (5): grandes signos de esperanza pero, también, nuevos y más sutiles peligros de explotación y despersonalización del hombre y de la vida social (6).

12.- En medio de esta situación de derrumbe de tantas estructuras, que hasta ahora habían condicionado nuestra manera de juzgar y valorar muchos problemas y actitudes, las circunstancias exigen tomar decisiones graves y optar, a la luz del Evangelio, por caminos nuevos que tendrán -sin duda- influencia decisiva en la historia de Chile. Las opciones se hacen difíciles porque se hace difícil el juicio de la realidad compleja y cambiante. La juventud lo siente especialmente y se impacienta. Ella no se considera atada a las estructuras del pasado y anhela tomar posesión cuanto antes del mundo del mañana, busca una dirección, elementos fundamentales de juicio, criterios para abrir la ruta de la Resurrección de Cristo en 1971. Necesita que la Iglesia hable, que la Iglesia se defina, que la Iglesia opte. Con ellos y con todos los que buscan hacer vida el Evangelio de Cristo en el Chile de hoy, queremos meditar juntos sobre la opción de nuestra Iglesia.

El Evangelio y la opción por los pobres

13.- La Iglesia es el pueblo de los que han optado **absolutamente** y para siempre por el Evangelio de Cristo Resucitado: ésa es nuestra única opción oficial y fundamental, que condiciona todas las

otras. Ella nos ayuda a responder a una primera pregunta que se nos hace: ¿Por quiénes opta la Iglesia en nuestro agitado Chile de hoy? Aquí debemos comenzar por precisar el sentido que se da a la palabra "opción". Efectivamente, si tomamos la palabra "optar" en su sentido propio -es decir, de **escoger** un grupo **excluyendo** otro- ello significaría que la pregunta que se nos plantea procede de una visión dualista y simplista de la realidad, que pretende dividir a los hombres en el grupo de "los buenos" y el de "los malos" y que quisiera arrastrarnos a pronunciarnos a **favor** de uno de estos grupos y, con ello, **en contra** del otro. La Iglesia no puede aceptar tal planteamiento y, por lo mismo, rechaza la pregunta si se la entiende de esa manera. Tratándose de personas, de seres humanos, la Iglesia no puede dejar de lado **ningún** grupo, ya que su Evangelio está destinado a **todos**, sin excepción de raza, ni de sexo, ni de condición social. Mucho menos podría la Iglesia abandonar un grupo determinado bajo la acusación de que se trata de pecadores: el mismo Jesucristo rechazó tal sugerencia, manifestando que había venido al mundo especialmente por los pecadores "ya que los sanos no necesitan de médico" (7). Por eso, frente a los diferentes grupos humanos la Iglesia **no opta**. En y con Jesucristo, la Iglesia se **decide** por quienes Jesucristo mismo se ha decidido: por **todo** el pueblo de Chile, a quien El llama a convertirse -mediante la aceptación de su Evangelio- en **pueblo de Dios**. En efecto, es a todo ese conjunto orgánico vivo que llamamos pueblo de Chile, al que Jesucristo quiere liberar y revitalizar con su Vida divina, convirtiéndolo en una auténtica comunidad de hermanos. Optar por un grupo, una clase o un partido determinado, implicaría excluir a otros chilenos, por los cuales Cristo también derramó su sangre. Por eso la Iglesia debe preocuparse de todos: porque su tarea consiste en ser signo e instrumento (es decir, sacramento) del amor universal de Jesucristo, que llama a **todos** los hombres a superar las fronteras -de hecho reales- de **cualquier** egoísmo (de nación, de raza, de clase, de partido, de ideología) para hacer verdadera la unidad del único pueblo de Dios.

14.- Sin embargo, lo anterior no impide que, con Jesucristo, la Iglesia se consagre -decididamente y de todo corazón- al servicio **preferente** de aquellos que para Él han sido y serán siempre los predilectos: los que sufren, los pobres, los abandonados, los que durante tan largo tiempo han vivido en situaciones que abiertamente contradicen su condición y dignidad de hijos de Dios. Para lograr verdaderamente la liberación de los hombres, todo pueblo -y con mucho mayor razón, el pueblo de Dios- debe ir continuamente reorganizándose a partir de los grupos más necesitados y numerosos, que deben constituir siempre el objetivo central de sus preocupaciones y que, por otra parte, son también los más anhelantes y abiertos a los cambios, cuya necesidad y urgencia sienten más que nadie. La consagración de la Iglesia al servicio de los pobres entraña, por lo tanto, al igual que en Jesucristo una decisión de **mayor** dedicación, de preferencia **especialísima**, de **prioridad** pastoral, de "respeto **privilegiado** de los pobres", como dice Paulo VI (8), pero que en ningún caso significa identificar a Cristo con una sola clase social o un conjunto político determinado. La Iglesia no es dualista ni maniquea: no diluye la responsabilidad y culpa histórica de quienes han hecho mal uso del poder, pero sabe que las fronteras del bien y del mal no cruzan, en definitiva, entre una clase social y otra sino por lo hondo de cada corazón humano.

15.- El amor de predilección que tiene la Iglesia por los pobres, se funda en dos motivos diferentes, que vale la pena distinguir. En primer lugar, la Iglesia ama a los pobres por el hecho de ser tales, socio-económicamente hablando, es decir, por el hecho mismo de vivir en condiciones de pobreza material y exterior. Desde este punto de vista, Ella considera a los pobres más bien como "sufrientes" y "oprimidos" y su amor nace del anhelo de ayudarlos a liberarse del dolor y de la opresión que trae consigo la necesidad económica. Pero para la Iglesia existe también otra dimensión de la pobreza: la llamada "pobreza evangélica", aquella de la cual habla el Señor en su

Sermón de la Montaña (9). Aquí se trata de una pobreza **espiritual**, consistente en una **actitud interior** de simplicidad, de apertura de Dios y al prójimo, de generosidad y disponibilidad. Pero el mismo Señor ha dicho que esta pobreza **interior** resulta más fácilmente alcanzable para quienes viven en condiciones de pobreza **exterior**. Por eso, el amor de la Iglesia a los pobres **socio-económicos** no se funda solamente en su condición de "sufrientes" y de "oprimidos" por la miseria sino, al mismo tiempo, en esta mayor facilidad que tienen para ser pobres también **interiormente**, para permanecer abiertos al amor, con un corazón que todavía no se ha esclavizado al dinero ni a los bienes materiales. Sin embargo, esta pobreza interior -en la medida en que es una actitud humana y **libre**- no va siempre ni necesariamente unida a una situación socioeconómica determinada: puede haber gente no necesitada y que tenga un corazón de pobre, así como también se encuentran pobres con corazón de ricos, con ansias descontroladas de posesión, de poder y dominio sobre los demás. Asimismo, la Iglesia recuerda, con su Señor, que no solamente sufren aquéllos a quienes falta el pan, sino que también son oprimidos todos los que carecen de respeto, de libertad o de alegría.

La Iglesia y la opción política

16.- Esta dedicación preferente a los pobres obliga a los cristianos a plantearse una segunda pregunta: la del cambio de nuestro sistema socio-económico. Es una pregunta seria, y de la cual ninguno de nosotros puede dispensarse. Si de verdad amamos a los pobres, este amor debe mostrarse eficazmente liberador y traducirse en la superación audaz y profunda de todas aquellas estructuras injustas que actualmente oprimen a gran parte de nuestro pueblo y que aparecen como causa de marginación y miseria. Es esa situación inhumana de marginación y de miseria en que viven miles de chilenos, la que concede a la pregunta por el sistema socio-económico y por la opción política de los cristianos su carácter de dramática urgencia. Y es también lo angustioso de esa situación lo que nos mueve a presentar este documento. Sin embargo, en las páginas que siguen, no nos referiremos a los graves problemas sociales que enfrenta Chile y que en el plano de la contienda política ya han sido repetidos y detalladamente analizados y discutidos. Aquí no se trata de volver a describirlos (10) sino, más bien, de precisar los criterios que deben orientar a los cristianos en la búsqueda de una solución para ellos. Pero son esos problemas -que no pueden prolongarse indefinidamente los que nos impulsan a este esfuerzo de reflexión, necesario para que nuestra respuesta cristiana a ellos sea, a la vez, lúcida y eficaz.

17.- La respuesta de la Iglesia en esta materia es, en el fondo, la misma de siempre: ella opta por Jesucristo resucitado, y, por lo tanto, invita a los cristianos a luchar por aquellas estructuras socio-económicas que permitan hacer más efectivos todos los **valores** de liberación personal y social, de justicia y amor, contenidos en su Evangelio. Esto es lo único que la Iglesia puede decir en cuanto Iglesia, porque es lo único que ella puede fundar en la autoridad del Evangelio. Este no ofrece recetas de estructuración social, política o económica: sólo señala los **valores** que deben ser respetados y promovidos (porque vivifican al hombre y a la comunidad humana) y llama a encarnados y luchar por ellos, pero sin detallar los caminos. Todo sistema que respete y promueva eficazmente estos valores puede ser apoyado por los cristianos quienes, por otra parte, tienen también el deber de denunciar y de rechazar aquellos sistemas o los elementos de ellos que nieguen o imposibiliten la vivencia de esos mismos valores. Es útil, para el juicio de dichos sistemas, recordar la distinción que hace Paulo VI en su Carta Apostólica (11) entre las doctrinas de las cuales esos sistemas han nacido y los movimientos históricos que los llevan adelante: las

doctrinas, tal como han sido redactadas en los libros de sus iniciadores, permanecen fijas para siempre; los movimientos históricos, por el contrario, están sometidos a evolución y, por lo mismo, permanecen abiertos a posibilidades de cambio.

Acerca del juicio de diferentes sistemas

18.- Hoy día se plantea en Chile la disyuntiva entre capitalismo y socialismo. Es importante recordar, antes que nada, que estas posibilidades no son las únicas -ya que nada impide intentar otra vía- y que existen, por lo demás, muchas formas y grados de capitalismo (más o menos socializados) y de socialismos (más o menos rígidos), lo que puede relativizar la oposición entre ambos esquemas. De estas posibilidades, algunas serán inaceptables para un cristiano; otras, juzgadas a la luz de los valores del Evangelio, podrían aparecer como más justas o menos justas, como más o menos humanas, como más o menos en la línea de Pascua de Cristo. Al igual que los hombres que los forjan y manejan, los sistemas políticos o socio-económicos son ambiguos: en todos se mezclan en alguna proporción lo bueno y lo malo, las ventajas y desventajas. Tratándose, por ello, de realidades humanas y contingentes, no podemos absolutizar ninguna.

19.- Es necesario, además, tener en cuenta que la bondad definitiva de un sistema político o socio-económico no se mide exclusivamente por los principios abstractos que lo informan, sino por su aplicación concreta en la vida real de los hombres. No basta que el sistema aparezca en sí mismo como mejor que otros: es necesario también que sea oportuno, es decir, que corresponda a lo que el país necesita y que, además, su uso se oriente efectivamente para bien del hombre, ya que así como el pecado puede llevar al ser humano a prostituir lo más noble que posee -su propio amor- así también puede prostituirse el más ideal de los sistemas si el hombre es subordinado por él a otras metas a objetivos económicos o políticos, erigidos en nuevos dioses.

20.- Pero no es la Iglesia sino los técnicos -los economistas, los sociólogos, los psicólogos, los políticos- quienes deben determinar la **oportunidad** de un sistema y **las garantías** de buen uso que el mismo pueda ofrecer en el Chile de hoy. Los cristianos tenemos obligación de coincidir en el Evangelio, como criterio supremo y común de opción, pero podemos diferir en el juicio técnico sobre la oportunidad o en la apreciación prudencial sobre las posibilidades reales de desarrollo humano que ofrezca en Chile un sistema particular. Por eso, permaneciendo unidos en nuestra opción absoluta y fundamental por Jesucristo resucitado, podemos, en la práctica, llegar a opciones políticas diferentes (12). Todos queremos abrirle paso en la Historia a la fuerza liberadora de Cristo, pero diferimos en la apreciación de los caminos. El Evangelio sólo exige la decisión sincera por lo primero. En lo segundo, decide en última instancia la conciencia de cada uno, pero teniendo en cuenta, como importante elemento de juicio, las enseñanzas de los pastores de la Iglesia.

21.- La Iglesia, como todo, en cuanto Pueblo de Dios, no opta políticamente por ningún partido o sistema determinado; sin embargo, Ella impulsa a los cristianos al compromiso político, para que lleven también a este campo de la vida social el mensaje del Evangelio. Son entonces **los cristianos** quienes optan. El responsabilizarse por la vida política del país no es para ellos sólo un derecho sino también un deber. En efecto, el esfuerzo por lograr un sistema más justo y humano de convivencia, es una dimensión ineludible del amor al prójimo, y "el cristiano tiene la obligación de participar en esta búsqueda tanto para la organización como para la vida de la sociedad política" (13). Ello no significa necesariamente que cada cristiano deba adherir a un **partido** político: la responsabilidad por la vida pública del país puede ejercerse también de

otras maneras, según la diferente vocación de cada cual. Sin embargo, cada uno está obligado a manifestar su apreciación política al menos concurriendo a las urnas.

22.- Al cumplir su deber cívico, los cristianos lo hacen en ejercicio de su libertad de personas y de hijos de Dios y nadie tiene derecho a presionarlos ni a exigirles: "O conmigo o contra mí". Esa es prerrogativa sólo del Bien Absoluto, de Cristo. Fuera de Cristo, el mal y el bien coexisten en todas partes; Por lo mismo, un cristiano no puede condenar o descalificar a otro por el simple hecho de no juzgar como él la conveniencia de las diferentes opciones. Ninguna opción puede absolutizarse, intentando identificarla -en un falso arrebató mesiánico- con la liberación plena del hombre que sólo Jesucristo puede prometer y obrar. Tampoco puede absolutizarse la oposición a las opciones de los demás. El cristiano que prefiere un sistema determinado puede defenderlo solamente como aquel que le parece "el mejor", relativamente considerado, pero sin cegarse de tal manera que se niegue a reconocer sus necesarias limitaciones o los elementos buenos que también puedan existir en otros sistemas. Nadie tiene derecho a incurrir en absolutizaciones -falseadoras de la verdad- con el simple fin estratégico de poder descalificar más fácilmente las opciones contrarias.

III. Los cristianos y el socialismo

Los cristianos ante la socialización y el socialismo

23.- Junto con los anhelos de "personalización" y de "secularización" (entendido este último en el sentido sano de reconocerle a lo temporal su debida autonomía), es sin duda la tendencia moderna a la "socialización" de la vida humana uno de los más claros "signos de los tiempos" en que podemos discernir el llamado y la acción de Cristo como Señor y Liberador de la Historia. Es Dios mismo quien ha dado al hombre su naturaleza social. Y es El quien le invita hoy a crecer en esta dimensión, aprovechando todas las posibilidades que el progreso científico y técnico le ofrecen para "socializar" su vida bajo múltiples aspectos y conducir así a la sociedad y a la solidaridad humanas a nuevos y más altos grados de madurez. Ningún cristiano puede cerrarse a un anhelo que tan claramente va en el sentido de la fraternidad y del llamado a la unidad del Evangelio. El problema consiste en cómo responder a él adecuadamente, no sólo sin traicionar otros valores igualmente importantes -por ejemplo, el anhelo correlativo de "personalización" que ya hemos mencionado-, sino obteniendo, precisamente a través de una socialización bien orientada, el fortalecimiento de todas las aspiraciones nobles del hombre de hoy. En efecto, una socialización bien entendida debería conducir a hacer más efectiva y plena la personalización de cada individuo, asegurando especialmente la **igualdad** de oportunidades -fundada en el reconocimiento de la común dignidad de personas de que todos gozan por igual- y las posibilidades de **participación real** en los diferentes aspectos de la vida del país, de manera que cada uno pueda ejercer su derecho y cumplir su deber de corresponsabilidad frente a la sociedad, aportando libremente sus capacidades e iniciativas personales. Igualdad y participación son dos aspiraciones profundas del hombre moderno, que se hacen más vivas a medida que se desarrolla su información y su educación: representan "dos formas de la dignidad del hombre y de su libertad" (14) que todo verdadero proceso de socialización debería promover y tener por meta.

24.- En lo que se refiere a la socialización de la vida política y económica, se proponen distintas soluciones para asegurar en estos campos la debida igualdad y participación de todos. Algunos partidarios del sistema capitalista ensayan una socialización de éste que no implique necesariamente la sustitución de las bases del sistema, es decir, del derecho a la propiedad privada de los medios de producción. Este tipo de organización económica corre el permanente

peligro de hacer primar egoístamente el bien privado de los poseedores del capital por sobre el bien común del país, engendrando así desigualdad y marginación. Por ello, hay quienes buscan "socializarlo" mediante el correctivo de una legislación que limite el ejercicio del derecho de propiedad privada, subordinándolo a las exigencias del bien social común y previniendo los posibles abusos.

25.- Sin embargo, hay quienes piensan que la única manera de llegar a una verdadera socialización de la vida política y económica, consiste en cambiar radicalmente las bases del sistema capitalista, sea porque no lo creen susceptible de suficiente reforma o porque consideran que ésta implica un proceso demasiado lento en relación a la urgencia y gravedad de los problemas a solucionar. Como alternativa, proponen el sistema llamado socialista. El socialismo, en general, se funda, como sistema de organización socio-económica, en la propiedad colectiva de los bienes de producción, por lo menos de los más importantes. Es ésta la idea central que inspira los diversos modelos socialistas existentes o posibles. "Esta corriente histórica asume diversas formas, bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas, aunque ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías incompatibles con la fe. Se impone un atento discernimiento" (15). Hay en efecto, muchos tipos de socialismos. Pero entre ellos es dable concebir algunos compatibles con el espíritu cristiano, es decir, en los cuales pudiera asegurarse debidamente que el Estado no se transforme en un poder dictatorial incontrolable y que, por lo mismo, pueda garantizarse adecuadamente el respeto y la promoción de los valores de liberación personal y social que proclama el Evangelio de Cristo resucitado.

26.- Efectivamente, los peligros del socialismo se originan en forma contraria a los del capitalismo. El sistema socialista tiende a acumular un inmenso poder económico en manos del Estado, poder que, si no se contrapesa y limita de alguna manera, puede abrir la puerta a todo tipo de opresión, manipulación y discriminación de las personas y de los grupos (16) por motivos de orden político, haciendo así ilusoria la democracia, la igualdad y la participación que en principio se proclama. Ello equivaldría a pasar de la opresión egoísta por parte de muchos capitalistas privados -que de alguna manera pueden ser limitados por el Estado- a la opresión incontrolada por parte de un capitalismo estatal omnipotente, ante el cual los trabajadores se encontrarían aún más indefensos. Este "simple cambio de amos" (17) o paso de muchos patrones a un único y más despótico patrón, que toma él solo todas las decisiones, no beneficiaría a nadie. Por eso, el socialismo también exige correctivos que garanticen en él el necesario equilibrio entre bien común y bien privado, entre "socialización" y "personalización"; ya que un bien común que no revierta en beneficio de las personas y de un respeto más pleno y auténtico a sus derechos y desarrollo, permanece -como lo hemos dicho- ilusorio e inhumano.

27.- Por esto, en una situación determinada, y ante un modelo concreto de socialismo que se desee aplicar en un país particular, es perfectamente legítimo que los cristianos adopten posiciones divergentes, por diferir: 1) en su juicio técnico (de tipo económico, social o político) sobre las ventajas y desventajas del socialismo en general o de ese modelo concreto; o 2) respecto de su oportunidad (dadas las características del país y de su estado de evolución histórica); o, finalmente, 3) por estar en desacuerdo sobre las garantías reales que esa forma determinada de socialismo ofrece en cuanto a su aplicación integralmente humana, según los principios de un humanismo concorde con el Evangelio, es decir, de un humanismo que permanezca abierto a todas las dimensiones y derechos del hombre y de la sociedad que proclama el Evangelio.

Los cristianos ante el socialismo chileno

28.- Consideramos ahora el caso chileno. En Chile no interesa hablar del socialismo en general ni de sus múltiples posibilidades, sino de una modalidad socialista **concreta**: de aquella que se propone construir entre nosotros y que se ha dado en llamar un "socialismo a la chilena". Este socialismo aún no existe. Chile no es todavía un país socialista: por ahora se está recién impulsando su marcha hacia el socialismo, si bien el proceso de "socialización" comenzó hace ya varias décadas entre nosotros. ¿Cómo juzgar entonces el socialismo chileno si no conocemos aún el rostro definitivo que podría llegar a tener? Hemos visto que las opciones frente a un determinado modelo socialista pueden diferir en razón de tres tipos de juicio distintos: sobre el sistema mismo, sobre su oportunidad, o sobre las garantías de efectivo respeto del hombre que él ofrezca. En el caso de Chile, pareciera ser este último punto el que más inquieta, aquel que con mayor fuerza divide las opiniones de los cristianos.

29.- No es cosa sencilla hacer pronósticos sobre los desarrollos futuros de un proceso social o político. Si ya resulta complejo juzgar modelos socialistas existentes en otros países y medir, según el Evangelio, su grado preciso de humanismo, mucho más difícil todavía es predecir las garantías de respeto al hombre que pueda ofrecer, en su etapa final, un socialismo recién en construcción. Sin embargo, la pregunta es de tal importancia, implica tantos riesgos para el país y para quienes se la plantean, que ningún cristiano puede resolverla sin haberla considerado atenta y responsablemente.

30.- Es cierto que no conocemos el rostro definitivo y final del socialismo que se busca en nuestra patria, pero sí conocemos los **agentes** reales que están influyendo actualmente en su construcción y que serán también los que contribuyan a determinar sus rasgos futuros. Es posible, por eso, prever en parte lo que puede devenir a la larga el socialismo chileno, si examinamos con detención estos agentes. Entre ellos, nos merece especial consideración el papel que le cabe en el actual proceso de transformación histórica que vive Chile a la ideología marxista. En Chile no se está construyendo un socialismo cualquiera, sino un socialismo de **inspiración marcadamente marxista**. Socialismo y marxismo no tendrían necesariamente por qué coincidir: muchos pueblos de la antigüedad ensayaron ya algunas formas socialistas mucho antes de que existiera el marxismo. (Incluso en la Biblia, se menciona el socialismo de los faraones de Egipto en tiempos de José) (18). Pero hoy día, y en el caso concreto de Chile, es la ideología marxista la que anima a los grupos más representativos que se encuentran dirigiendo el actual proceso de construcción del socialismo. Además puede constatar que estos grupos no se limitan a identificarse ellos mismos con dicha ideología, sino que están promoviendo una intensa campaña de difusión de la doctrina marxista, sea a través de los medios de comunicación, de labores de concientización o de programas de estudio en diversos establecimientos educacionales y a distintos niveles.

Los cristianos ante el marxismo

31.- La influencia del marxismo en la construcción del socialismo chileno debe ser cuidadosamente tomada en cuenta al intentar despejar, en alguna medida, la incógnita que nos ocupa respecto del desarrollo futuro de su contenido humanista. Si vamos a extendernos en este punto, es debido a la necesidad de precisar los criterios para juzgar una realidad que es nueva para muchos de los cristianos. Los efectos deshumanizantes del capitalismo los hemos experimentado ya largamente y sabemos dónde residen. Además, los Papas y nosotros mismos los hemos denunciado anteriormente en repetidas ocasiones, y Paulo VI vuelve a hacerlo en su última Carta Apostólica

(19). Muchos cristianos, en cambio, no saben ubicar exactamente cuáles son aquellos aspectos del marxismo que merecen especiales reparos a la luz de una visión cristiana del humanismo. Al llamar la atención sobre ellos, no intentamos decidir nosotros ni el problema sobre la opción de colaborar o no con los marxistas en la construcción común del socialismo chileno, ni el de la forma que podría revestir tal colaboración (es decir, si debería ser ejercida desde una oposición constructiva o como alianza directa). Estas distintas posibilidades deben ser juzgadas por cada uno a la luz de las condiciones que en el N° 67 de este documento se establecen, en general, para la opción política de los cristianos.

32.- Lo que aquí se quiere es más bien iluminar los criterios para la opción y posibilitar la fecundidad en el sentido del Evangelio de la opción que se asume. Para ello, es necesario conocer bien los riesgos **objetivos** que la colaboración con el marxismo puede implicar, tanto para los cristianos que en ella participen como para el país entero. Quienes creen no poder superar esos riesgos, no pueden, en conciencia, colaborar. Sí pueden, en cambio, quienes se sientan en condiciones no sólo de contrarrestar esos peligros para sí mismos, sino, también, de disminuidos para el país entero, precisamente a través de esa colaboración que se supone impregnada de espíritu evangélico. La consideración responsable tanto de los riesgos del marxismo como de la posibilidad que las personas y el país tienen de evitarlos, nos impone un serio esfuerzo de objetividad: por reacción a un mal conocido y duramente sufrido -los excesos del capitalismo- podemos tender, a veces, a inclinarnos con una simpatía demasiado ingenua hacia un socialismo que, por ser aún futuro, imaginamos como idílico, tratando de "idealizarlo en términos por otra parte muy generosos" (20). Ya hemos dicho que no queremos inclinar hacia ninguna opción determinada: lo que deseamos, es desterrar la ingenuidad, para que nuestra opción, fuere cual fuere, sea cristianamente madura.

33.- El sentido de nuestro análisis del marxismo estará orientado a determinar las posibilidades de acercamientos concretos o "el grado de compromiso posible" con él (21). Al tocar este tema, como lo dice Paulo VI, no podemos pasar por alto que muchos cristianos notan hoy día "un cierto estallido del marxismo, que hasta ahora se presentaba como una ideología unitaria, explicativa de la totalidad del hombre y del mundo en su proceso de desarrollo y por tanto atea. Fuera del enfrentamiento ideológico .que separa oficialmente las diversas tendencias del marxismo-leninismo en su respectiva interpretación del pensamiento de los fundadores, y fuera de las oposiciones abiertas entre los sistemas políticos que apelan hoy día a él, algunos establecen distinciones entre diversos niveles de expresión del marxismo" (22). De estos distintos niveles someteremos a nuestra consideración los dos que nos parecen más importantes, enfocando el marxismo 1) como filosofía total de la realidad y 2) como método de análisis y de acción en la historia. Al señalar los peligros que envuelve bajo uno y otro aspecto, no queremos establecer que en el caso concreto de Chile estemos cayendo en ellos. Nuestra intención es precisar los excesos antihumanos a que tienden a conducir -por su propia dinámica interior- la doctrina y el método marxistas, si se los aplica en forma consecuente con su propia lógica. Para ello nos guiamos también por lo que muestra la experiencia de las distintas realizaciones históricas de socialismo marxista que se conocen hasta la fecha. El juicio sobre el desarrollo concreto que de hecho sigue la situación chilena es cosa que corresponde a cada ciudadano.

El marxismo como filosofía o cosmovisión

34.- En cuanto al primer aspecto, cabe destacar que el marxismo, por lo menos en su forma clásica -la marxista-leninista- tal como la profesan de manera oficial los países socialistas que se

reconocen de inspiración marxista, se presenta como una cosmovisión, es decir, como una interpretación global de la realidad, en especial del hombre y de la sociedad. El marxismo coloca al hombre como centro del universo y de la historia, y por ello, se considera a sí mismo como una forma de humanismo. En este humanismo marxista —es decir, en la imagen del tipo de hombre y de sociedad que quiere crear— la Iglesia detecta, como en todo lo que no es Jesucristo y su Evangelio, una realidad ambivalente. Por un lado, encontramos muchos elementos positivos: grandes y sinceros anhelos de liberación y solidaridad, que encienden una gran generosidad para el compromiso con los oprimidos y una eficacia real en la lucha contra ciertas injusticias; por otro lado, el marxismo desconoce y niega —por ser materialista— aquellas dimensiones del hombre que para el cristiano son las más importantes: su trascendencia espiritual, su ordenación a Dios (23).

35.- En base a los puntos de coincidencia, se abren sin duda muchas posibilidades de diálogo y de colaboración en objetivos prácticos de bien común y es deber aprovechadas. Sin embargo, las divergencias señaladas son muy graves y establecen, a nivel de la doctrina, importantes incompatibilidades entre marxismo y cristianismo. Un cristiano que desea vivir su fe, **no puede**, en su anhelo de colaboración política, llegar a adherir a la visión marxista del universo y del hombre o, como dice Paulo VI, "a su materialismo ateo, a su dialéctica de la violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva" (24).

36.- Sabemos que algunos autores marxistas inician hoy, muy vacilantemente, la revisión de esta postura atea del marxismo. Pero se trata solamente de pensadores occidentales. En los países socialistas, donde el marxismo impera como doctrina oficial, no se observan desarrollos similares: más bien prevalece en ellos todavía un monolitismo ideológico fiel a la concepción marxista tradicional —o clásica— del ateísmo y de la religión. Es para nosotros un dolor que así sea, más todavía, estando ciertos que la imagen de Dios que rechazan los marxistas no corresponde a la imagen verdadera del Dios del Evangelio, como el gran Liberador de la Historia. Esperamos de corazón que esta situación cambie y saludamos todo signo de evolución en este sentido, pues los cristianos no podemos aceptar como auténtico un humanismo volcado únicamente sobre las realidades terrenas, que no sepa abrirse a Dios. Por ello nos preocupa seriamente la posibilidad de llegar en Chile a un socialismo que, por ser marcadamente marxista, resulte también un socialismo activamente ateo. La historia nos da lecciones dolorosas al respecto: cada vez que el hombre ha intentado construir un paraíso sobre la tierra olvidando a Dios o desfigurando su imagen verdadera, termina, fatalmente, convirtiéndose en esclavo de nuevos y falsos dioses, como la técnica, la economía o el Estado. En este peligro se incurre especialmente cada vez que el hombre cae en la tentación de adherir "a una ideología que no repose sobre una doctrina verdadera y orgánica, refugiarse en ella, como una explicación última y suficiente de todo, y construir así un nuevo ídolo del cual se acepta, a veces sin darse cuenta, el carácter totalitario y obligatorio" (25). En el caso del marxismo, la experiencia de otros países así lo prueba: el socialismo de inspiración marxista ha conducido hasta ahora, efectivamente, al reemplazo del Dios verdadero por un Estado endiosado, por un Estado omnipotente que no reconoce otra ley moral que la de sus propias conveniencias políticas y cuyo poder despótico ha pisoteado y ensangrentado la historia de muchos pueblos, violando derechos fundamentales de la persona, de la sociedad y de las iglesias.

El marxismo como "método científico"

37.- Muchos marxistas occidentales y muchos chilenos opinan, sin embargo, que los elementos de la cosmovisión marxista son secundarios y que el marxismo exige ser considerado —en primer lugar

y fundamentalmente- como un método para analizar la historia y dirigir la acción del hombre en ella. No nos corresponde dirimir lo que en el marxismo sea esencial o accidental, pero quisiéramos decir algo sobre su método, que se atribuye "la pretensión de descifrar, bajo una forma científica, los resortes de la evolución de la sociedad" (26) y que, de esta manera, hace aparecer al marxismo, al decir de Paulo VI, "bajo una forma más atenuada, más seductora para el espíritu moderno".

38.- En primer lugar, es necesario señalar que los análisis marxistas se reducen fundamentalmente al campo de la historia, de la sociología y de la economía, es decir, a ciencias pertenecientes a la categoría de las llamadas "ciencias sociales", cuyo grado de certeza o seguridad no puede, de ninguna manera, equipararse al de las otras ciencias denominadas "ciencias exactas" (la física, la química, etc.). En las ciencias sociales no cabe la posibilidad de comprobar mediante una experimentación repetida y controlada la verdad de sus "leyes".

39.- En el caso del marxismo, nadie puede negar la justeza de algunos de sus análisis con los que ciertamente ha enriquecido el pensamiento contemporáneo, por ejemplo, con muchos de sus aportes en cuanto a la crítica del capitalismo o en cuanto al condicionamiento económico de múltiples aspectos de la vida política, social y cultural. Pero, por otra parte, es necesario recordar que la misma historia ha demostrado como falsas muchas de las "leyes" que Marx señaló como **científicas, necesarias e inevitables**. En efecto, las revoluciones socialistas no se produjeron en ninguno de los países respecto de los cuales él las predijo sino, precisamente, en los que no cumplían con las condiciones "científicas" señaladas por él como **necesarias** para la crisis del capitalismo.

40.- Además de lo anterior, es necesario señalar los peligros deshumanizantes a que se expone cualquier humanismo que pretenda fundarse en un "método científico", es decir, que se apoye exclusivamente en las conclusiones de las llamadas ciencias humanas o ciencias sociales. Como lo dice Paulo VI, "la necesidad metodológica y el a priori ideológico las conduce frecuentemente (a estas ciencias) a aislar, a través de las diversas actuaciones, ciertos aspectos del hombre y a darles, por tanto, una explicación que pretende ser global o, por lo menos, una interpretación que quema ser totalizante desde un punto de vista puramente cuantitativo o fenomenológico. Esta reducción "científica" lleva consigo una pretensión peligrosa. Dar así privilegio a un determinado aspecto del análisis, es mutilar al hombre, y bajo las apariencias de un proceso científico, hacerse incapaz de comprenderlo en su totalidad" (27). Es por eso que Paulo VI llama a tener gran cautela frente a la tendencia de las ciencias humanas a la "elaboración de modelos sociales que se querría imponer en seguida como tipos de conducta científicamente probados" (28). A continuación veremos los efectos deshumanizantes y mutiladores que tiende a producir el método "científico" marxista y el modelo social en él inspirado.

Método marxista y ateísmo

41.- Debemos afirmar, en primer lugar, que sería sumamente superficial pensar --en base a la distinción entre el marxismo como filosofía y como método- que sus elementos deshumanizantes se reducen a su ateísmo y otros aspectos filosóficos. Por el contrario -y en oposición a la opinión comúnmente difundida- nos parece ser más bien a nivel de su método histórico que se produce, de hecho, el desacuerdo más abierto entre marxistas y cristianos.

42.- En efecto, la crítica que el marxismo hace del concepto de Dios, como ya lo dijéramos, ataca un Dios que no es el nuestro y, por lo mismo, confiamos en que alguna vez así se reconozca. Además, es posible que un ateísmo teórico se limite a permanecer en la esfera de las ideas sin repercutir realmente en la vida de quienes lo profesen. En tal caso, un ateísmo de este tipo indicaría una simple privación conceptual que no necesariamente corrompería los demás valores humanos de tal ateo teórico, quien en su vida real podría asumir actitudes morales muy coincidentes con las del cristiano: éste es el caso de los llamados \"cristianos anónimos\", cuya existencia ha sido reconocida por el Concilio. El método marxista, en cambio, nos parece conducir al hombre -directamente-- a un ateísmo práctico, vital, de tipo moral, que resulta mucho más grave.

43. Aquí tocamos el problema fundamental del marxismo que se define, a la vez e indisolublemente, como materialismo y como método de análisis y de acción. Para el marxismo, el desarrollo de \"las fuerzas materiales de **producción**\" -es decir, de la tecnología- y la situación de los hombres en las relaciones de **producción** y de **propiedad** -es decir, las clases sociales- no sólo **condicionan** sino que **determinan** la conciencia (Marx, en el Prefacio de su \"Crítica de la economía política\"). \"Nuestra moralidad -escribe Lenín, consecuente con esta lógica- está **enteramente** subordinada al interés del proletariado y las exigencias de la lucha de clases\" (29). Aquí, en la definición misma de su método, está el punto fundamental de discrepancia entre el marxismo y el cristianismo. Con esto tocamos el problema del \"economicismo\" marxista, problema derivado de su materialismo y ateísmo filosóficos y que se nos presenta como íntimamente ligado a su método de análisis y de acción.

El \"economicismo\" práctico del método marxista

44.- En efecto, esta concepción absolutiza lo económico, tanto al interpretar la historia como al fijar los criterios prácticos que rigen la acción del hombre en ella. Todo método supone necesariamente ciertos principios doctrinales o intuiciones-clave que le sirven de fundamento. Pues bien, la forma en que el marxismo **interpreta** la historia, parte de un principio que se erige en una especie de dogma básico; **la causa última de todas las alienaciones, esclavitudes y desdichas del hombre y de la sociedad es de tipo económico**. Por lo mismo, si a este nivel se sitúa el \"pecado original\" de los marxistas, necesariamente a ese mismo nivel tiene que enfocar el marxismo la \"redención\". Al conceder así \"un valor primordial a algunos aspectos de la realidad con detrimento de otros\" (30), tiende a reducir la historia, el hombre y la sociedad fundamentalmente a una dimensión **parcial** y que nosotros no podemos aceptar como la más importante: la económica. Por ello, nos parece que el marxismo permanece, **en la práctica** (diga lo que diga su doctrina filosófica sobre el hombre y lo que pretenda su sincera buena intención), exactamente al mismo nivel \"economicista\" del capitalismo. Los diagnósticos de la realidad y las soluciones propuestas por uno y otro sistema, podrán aparecer exteriormente todo lo contrapuestos \"que se quiera, pero el **nivel fundamental** al cual se plantea el problema humano, continúa -en el hecho- siendo el mismo. En efecto, marxismo y capitalismo tienden a considerar al hombre primordialmente como \"trabajador\". Si bien ambos valoran en forma diferente el trabajo humano, es éste el aspecto esencial que interesa a los \"dos sistemas. Es cierto que el trabajo es una dimensión decisiva de la vida humana y todo cristiano está obligado a luchar para que se le reconozca la importancia y dignidad que merece. Sin embargo, la dignidad del hombre va mucho más allá que la dignidad de su trabajo: se funda en su condición de **persona** y en su vocación a convertirse en **hijo de Dios**. Reducir toda su nobleza a su calidad de \"trabajador\" significa mutilado y ello conduce, en la práctica, a terminar valorando al hombre por lo que hace y

no por lo que es, es decir, por su eficacia, lo que equivale a convertirlo en **medio**, en simple **instrumento** al servicio de fines económicos distintos del hombre mismo, de la **persona** del trabajador. Como cristianos, no podemos conformarnos -ni en uno ni en otro caso- con aceptar un humanismo de contenido tan pobre: no sólo por ser falso, sino, principalmente, por las graves consecuencias de orden moral que de él se derivan.

45.- En efecto, el marxismo no se limita a un \"análisis\" de la realidad: quiere ser una **praxis**, una teoría convertida en acción, destinada no sólo a interpretar el mundo sino, también, a transformarlo. En esto constatamos, en primer lugar, un **sano** deseo de eficacia que constituye uno de los grandes méritos del marxismo y la causa de su gran popularidad en nuestro tiempo: el marxismo no se ha quedado en las solas palabras, sino que se ha mostrado capaz de transformar la vida de muchos pueblos, cambiando radicalmente sistemas económicos y estratificaciones sociales precedentes en búsqueda de formas más igualitarias de existencia. Pero esta misma **voluntad de eficacia** se convierte, por otro lado, y como consecuencia del economicismo **práctico** a que conduce su materialismo específico, en el punto que desgraciadamente más nos distancia.

46.- Para el marxismo, la praxis, la acción revolucionaria, la lucha por la **liberación económica**, es no sólo **aplicación** sino, al mismo tiempo, también **fuerza** de su doctrina, es decir, criterio último de verdad y de valor; para el marxista es en medio de la lucha revolucionaria donde se determina, en último término, lo **verdadero** y lo **bueno**, que viene a identificarse con aquello que -en la misma acción- se va revelando como **útil** para el avance de la revolución, para la aceleración de los cambios **económicos** que traerán la redención social, la felicidad absoluta. En la práctica, nos parece ver erigirse así cierto tipo de **eficacia** (y no el querer divino) en norma moral última de la acción. Ello implica una actitud vital de ateísmo **práctico** que abre la puerta a todo tipo de manipulaciones e **instrumentalización** de las personas. Así lo confirma la triste experiencia de diversos países socialistas, donde los derechos del hombre han sido muchas veces tan condenablemente conculcados como por los excesos abusivos de los países capitalistas. En aras de la **eficacia** económica y política se sacrifica la libertad de pensamiento y de prensa, se falsea la verdad, se encarcela a los intelectuales que se atreven a criticar al régimen, se oprime a los cristianos, se reprimen militarmente los intentos de democratización o las huelgas con que los obreros reclaman un justo mejoramiento económico. Según la filosofía marxista, el hombre continúa apareciendo como fin **teórico** de la historia, pero ello vale verdaderamente sólo en la sociedad ideal que se alcanzará en los últimos tiempos. Mientras tanto, durante el camino, el fin **práctico** -es decir, la necesidad de avanzar en la revolución- justifica todos los medios, también la manipulación e inmolación de las personas, convertidas ellas mismas en **medios** al servicio de este fin.

No existen métodos “inofensivos”

47.- La experiencia nos muestra, como una regla general, que nunca un \"método\" es algo puramente objetivo e inofensivo, sino que, necesariamente, acaba imponiendo un carácter, una mentalidad determinada, al que lo usa: lleva al hombre a terminar pensando según actúa. El ejemplo más claro al respecto es el del capitalismo. El capitalismo -aunque inspirado en la ideología liberal- nunca se ha definido a sí mismo como una filosofía ni como un humanismo doctrinal, sino, simplemente, como un \"método para producir\" más y mejor, como un método lleno de buenas intenciones y promesas -porque hará ricos y felices a los hombres- y que todos

pueden usar, independientemente de su religión o de sus ideologías. Sin embargo, la historia ha mostrado, dolorosamente, hasta qué punto el uso de este "simple método de producción" ha logrado imponer a millones de hombres -se confiesen teóricamente cristianos o no- una misma mentalidad capitalista, con todo lo que ella implica, a un nivel puramente **práctico**, de valoración economicista, atea, antihumana y manipuladora del hombre y de la sociedad al servicio del capital. Exactamente en la misma situación nos parecen encontrarse quienes utilizan el método marxista de interpretación y acción histórica, es decir, en el serio peligro de llegar **en la práctica** - independientemente de lo que les diga su filosofía o su humanismo **teórico**- a una visión igualmente economicista del hombre y a la consiguiente actitud manipuladora de el que de esta visión -quíerese o no- se desprende.

48.- Con todo lo anterior, no queremos negar el valor de algunos de los elementos de análisis y de acción del método marxista (que ya hemos mencionado) y que también los cristianos pueden utilizar, a condición de integrarlos en un contexto humanista más amplio, que los relativice, enriquezca y rectifique. Se trata aquí de una situación semejante a la del siquiátra cristiano, que puede utilizar elementos de diagnóstico o de tratamiento del sistema freudiano, cuidando sí, de que ello no le conduzca ni a una mentalidad ni a una moral pansexualista (es decir, absolutizadora del sexo). El método marxista, **tal como se utiliza en el marxismo**, con ese exclusivismo, no le es lícito empleado a los cristianos que se sientan llamados a colaborar en la construcción común del socialismo chileno: la mentalidad absolutizadora de lo económico que tal método supone e imprime, aparece **incompatible** con el cristianismo y como destructiva del hombre. En esto vemos el riesgo más real de la mencionada colaboración con los marxistas, tanto para el país como para las personas: que el actuar juntos lleve a usar los mismos métodos y a contagiarse de una misma **mentalidad** práctica.

Efectos comunes del capitalismo y del socialismo marxista

49.- Ésta debe ser nuestra gran preocupación: el **efecto real** -vital y moral- que el empleo del método capitalista o marxista tiende a producir en el hombre y que, en el fondo, -si ambos métodos no son debidamente corregidos- viene a ser el mismo. En los países socialistas es evidente que los desniveles sociales se han hecho menos agudos, pero -en último término-- el hombre aparece en ellos, al igual que en el occidente capitalista, enteramente subordinado - aunque de otra manera- a las necesidades o conveniencias del proceso de producción, reducido a la condición de medio, masificado y privado de su dignidad y de su plena libertad de persona. En unos países es la propaganda masificante de la sociedad de consumo la que controla el pensamiento y las decisiones de las personas mediante la creación artificial de necesidades; en los otros es la propaganda ideológica la que se convierte en ley igualmente artificial, falsa y masificante de las conciencias. En un caso se manipula al hombre para proporcionarle utilidad a unos pocos; en el otro se le esclaviza para acrecentar el poderío económico y político del Estado. Es por eso que las realizaciones concretas del socialismo marxista existentes hasta ahora no pueden ser aceptadas como una alternativa verdadera frente al capitalismo, ya que permanecen exactamente en un mismo plano materialista y economicista.

50.- Al respecto dice la Asamblea del Episcopado latinoamericano en Medellín: "El sistema capitalista y la tentación del sistema marxista parecieran agotar en nuestro continente las posibilidades de transformar las estructuras económicas. Ambos sistemas atentan contra la

dignidad de la persona humana; pues uno tiende a consagrar la primacía del capital, su poder y su discriminatoria utilización en función del lucro; el otro, aunque **ideológicamente** sostenga un humanismo, mira más bien al hombre colectivo, y **en la práctica** se traduce en una concentración totalitaria del poder en el Estado. Debemos denunciar que Latinoamérica se ve encerrada entre estas dos opciones y permanece dependiente de uno o de otro de los centros de poder que canalizan su economía\" (31). En ambos casos, dichos poderes no refluyen en verdadera liberación, en personalización, en aumento de la iniciativa creadora, de la solidaridad interior y espontánea, del espíritu fraternal, de la alegría y la paz, es decir, no repercuten en humanización en el sentido pleno del \"hombre nuevo\" de que nos habla san Pablo. El paso de un sistema al otro trae, sin duda, grandes cambios económicos, pero el nivel de su humanismo permanece dentro de los límites estrechos y peligrosos de la mentalidad y de la moralidad que derivan de la definición de su método. Este juicio duro no significa que dudemos de la intención humanista de los marxistas: son los **efectos reales** a que ha conducido el empleo de su método en **todos** los países que lo han aplicado consecuentemente lo que nos lleva a ser tan críticos.

51.- En esto anhelamos un cambio profundo en el marxismo: deseamos que permanezca fiel a su declarado amor al hombre -que compartimos plenamente- y que no lo sacrifique en aras de la eficacia económica y política que busca su método. Si no, tememos sinceramente que el esfuerzo por construir el socialismo en Chile corra el peligro de terminar -independientemente de los logros que pudieran obtenerse en el plano de la justicia económica- volviéndose contra el hombre en muchos aspectos de vital importancia.

Método marxista, partido único y estatismo totalitario

52.- Por último, debemos señalar que es esta voluntad de eficacia que inspira a su método la que conduce al marxismo tanto a negar el pluralismo y el pluripartidismo real como a caer en el peligro ya denunciado del Estado omnipotente o \"estatismo\". En cuanto a lo primero, en todos los países socialistas de inspiración marxista, aun cuando en un principio hayan comenzado con sistemas pluripartidistas, se ha llegado al final, al menos prácticamente, a un régimen de **partido único**, lo que significa la muerte de la democracia, la imposición de un **monolitismo ideológico** y el establecimiento de \"la dictadura de los espíritus, la peor de todas\" (32), porque excluye toda posibilidad de oposición y, por lo mismo, de libertad de pensamiento y de expresión. La necesidad de eficacia exige -según la doctrina marxista-leninista clásica- el liderazgo de un partido único que opera como conciencia viva y organizada de la clase trabajadora y que, según las palabras de Paulo VI, \"se considera --él solo- expresión y garantía del bien de todos, arrebatando a los individuos y a los otros grupos toda posibilidad de iniciativa y de elección\" (33) y, por lo mismo, de efectiva igualdad y participación. El partido único termina siendo también, en definitiva, el verdadero y **único sujeto** que aplica el método marxista de análisis y de acción. En efecto, el partido único es la norma política de la verdad y cualquier análisis o cualquier acción que se quieran \"ortodoxos\" deben ajustarse, necesariamente, a sus orientaciones supremas. El partido único, identificado con el Estado, conduce a la correspondiente absolutización totalitaria de éste. Así, partido y Estado, convertidos ambos en norma última de la verdad y del bien, terminan erigiéndose en dueños de la Historia, reemplazando a Dios y exigiendo el total sometimiento de las conciencias.

53.- Después de todo lo dicho, vemos que, si es cierto que en el marxismo pueden distinguirse diversos niveles -entre otros, su filosofía y su método histórico- \ "estas distinciones no deben tender a considerar tales niveles como completamente separados e independientes\ " (34), pues, como bien lo observa Paulo VI, \ "sería ilusorio y peligroso el llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso\ " (35). A este respecto, es necesario advertir que son los mismos marxistas, interesados en obtener la mayor colaboración posible de los cristianos, quienes más se esfuerzan por minimizar esta relación íntima existente entre su doctrina y su método de análisis y de acción. También parece muy difícil -o \ "ilusorio y peligroso\ ", como lo señala Paulo VI- que pueda separarse la doctrina y el método marxistas de los efectos totalitarios y violentos a los que hasta ahora ha conducido sin excepción. Para ello sería necesaria una reforma y revisión a fondo de tesis **fundamentales** de dicha doctrina y método: no sólo la tesis de su ateísmo sino, también, entre otras, la de la necesidad de la dictadura del proletariado como etapa de transición a la sociedad final y perfecta, la del rol del partido único, etc. Dichas tesis conducen necesariamente a nuevas formas de institucionalización de la violencia ideológica o política.

54.- Estos elementos desalentadores, comunes a todas las experiencias históricas del socialismo marxista, no nos permiten todavía predecir con certeza la influencia concreta que podrá tener el marxismo en el desarrollo definitivo del socialismo chileno. El temor de que termine conduciéndonos a una dictadura es plenamente justificado tanto a la luz de su doctrina como de la experiencia de otros pueblos. Sin embargo, el caso chileno ofrece particularidades propias que podrían favorecer una evolución diferente. Ella dependerá, en gran parte, tanto del buen sentido y de la madurez democrática de nuestro pueblo, como del esfuerzo de los cristianos y de la apertura y espíritu crítico de los mismos marxistas ante su propio sistema. Quiera Dios que así se pueda contrapesar los elementos deshumanizantes contenidos en el ateísmo, en el método materialista y en el estatismo totalitario a que tiende el marxismo.

La dificultad de la opción

55.- Nos parece ser esta presencia poderosa del marxismo en el proceso de construcción del socialismo chileno, lo que para los cristianos vuelve más compleja la opción ante él, ya que hace aparecer como bastante incierto su futuro. Los cristianos que anhelan la sustitución del capitalismo por algún modelo socialista, desearían -si dependiera de ellos- poder construir uno que ofreciera la certeza de ser un socialismo plenamente humanista, sin los factores deshumanizantes que hemos constatado en el marxismo. Hay quienes creen que esta posibilidad permanece abierta hacia el futuro. Otros constatan que las fuerzas que encabezan hoy en Chile la construcción del socialismo son mayoritariamente marxistas, pero piensan que no cabe entre nosotros otra forma de socialismo que la presente, que exige ser construida en colaboración con los marxistas, aceptando que sean ellos quienes dirijan el proceso. Sostienen que ninguna opción política concreta va a coincidir nunca con el Evangelio ni con la redención plena y que, por lo mismo, los cristianos no pueden entregarse a soñar con posibilidades ideales, distintas de las que realmente se les ofrecen, sino que están obligados a decidirse críticamente por alguna de ellas y luchar por mejorarla desde

dentro.

56.- Antes de optar por el socialismo y por la forma concreta de participar en su construcción, cada cristiano, cada grupo y cada partido, tiene que pesar tanto los aspectos positivos y negativos del socialismo en general como del que hoy se construye en Chile, preguntándose, respecto de este último, si su inspiración marcadamente marxista permitirá realmente que se introduzcan en él todos los correctivos necesarios para asegurar su aplicación humanista. Cada cual debe tratar de precisar en conciencia el grado de los riesgos, juzgando las ventajas y los peligros, para determinar cuál de estos dos aspectos le parece que, por poseer mayor fuerza dinámica en el caso chileno, terminará imponiéndose al final.

57.- Evidentemente, como ya se ha dicho, la decisión de apoyar la construcción del socialismo en Chile -en el caso de optar por esta posibilidad- no influye necesariamente en la opción por tal o cual grupo de partidos: también la función crítica, ejercida desde una oposición leal y constructiva, puede ser asumida como una forma de colaboración en ese sentido. Por otro lado, dado que Chile permanece un país libre y que puede, democráticamente, renunciar a sus decisiones ya tomadas, o precisarlas, emprendiendo más tarde otros caminos que los actuales, a nadie puede prohibírsele trabajar para que así suceda, si se siente llamado en conciencia a proponer otra vía. más humana y más justa que la de un socialismo de marcada inspiración marxista.

IV. Los criterios para la opción

Recapitulación

58.- A esta altura conviene tal vez recapitular un poco todo lo dicho. En los números 20 y 21 hemos reconocido el derecho de cada cristiano de hacer su opción política libremente, en conciencia, y la posibilidad de que estas opciones -aun cuando todas estén inspiradas en el deseo común de ser fieles a un mismo Evangelio- pueden ser diferentes. En el número 20 hemos visto el fundamento de estas posibles diferencias: los diversos juicios **técnicos** que los cristianos pueden emitir sobre un sistema determinado. Hemos dicho también -en el número 18 y en el 22- que ninguna opción se identifica plenamente con el Evangelio, con el Bien Absoluto. En todas hay ventajas y desventajas. Estas afirmaciones continúan valiendo después del examen que hemos hecho de los riesgos que involucra un socialismo de inspiración marxista. Si nos extendimos en analizar estos riesgos fue - como lo explicamos en los números 29 y 30- porque son más desconocidos para los chilenos. Pero ello no quiere decir que las otras opciones no tengan los suyos: los del capitalismo los conocemos bien y los hemos vuelto a mencionar en comparación con los del socialismo marxista; el principal riesgo de otras posibles alternativas consiste, precisamente, en que permanezcan sólo como "posibles", como ideales teóricos que nunca lleguen a convertirse en realidad histórica.

59.- La pregunta que surge ahora es la siguiente: ¿hemos avanzado en algo? Nos parece que sí, porque los criterios para la opción se han ido clarificando. Tal vez lo más importante ha sido constatar la semejanza de los efectos que tanto el capitalismo como el marxismo producen sobre

el hombre. Uno y otro parecen conducir -en diferentes formas- a una misma **mentalidad** economicista, a una misma visión **parcializada** de la realidad humana, a una misma tendencia a manipular y masificar al hombre. Ello nos muestra que los efectos inhumanos de un sistema no dependen principalmente del tipo de propiedad que el sistema propicia: hemos constatado que, con propiedad privada o con propiedad colectiva de los bienes de producción, los riesgos tienden a ser semejantes. No es entonces el tipo de propiedad sino más bien la mentalidad economicista -que inspira tanto al capitalismo como al socialismo marxista- la que lleva a **usar mal** ya sea de la propiedad privada como de la colectiva. Con uno y otro sistema de propiedad pueden generarse estructuras sociales, políticas y culturales que oprimen al hombre. Y éste no va a ser plenamente liberado por el simple hecho de **pasar** de las estructuras capitalistas a las socialistas: unas y otras -según sea el tipo de capitalismo o de socialismo-- necesitan ser depuradas -en mayor o menor grado- de los elementos deshumanizantes que las impregnan y de la mentalidad que los engendra. Mientras esta **mentalidad** -capitalista y marxista- no sea reemplazada por una auténtica mentalidad humanista, no puede esperarse ningún sistema **"ideal"**, plenamente liberador. Esto vale también para otras alternativas o para modelos socialistas **"no marxistas"**: si su novedad consistiera, primordialmente, en que pretenden armonizar cierto tipo de propiedad privada con ciertas formas de propiedad colectiva (estatales o no estatales), entonces tales soluciones no representan ningún progreso sustancial, mientras no impliquen, además, una superación efectiva de la **mentalidad economicista** que, si las impregna a ellas también, llevará a un uso inhumano de este nuevo sistema de propiedad, exactamente en la misma forma en **"que ha llevado al uso abusivo de los otros dos.**

60.- En el plano de lo político, esta mentalidad capitalista o marxista también lleva a desfigurar el papel del Estado en la vida social. A este respecto nos parece importante recordar lo que afirma Paulo VI en el sentido de que un ejercicio justo del poder político **"no roba a los individuos y a los cuerpos intermedios su campo de actividades y sus responsabilidades propias, lo cual les induce a concurrir en la realización de este bien común. En efecto, el objeto de toda intervención en materia social es ayudar a los miembros del cuerpo social y no destruirlos ni absorberlos"** (36). En las democracias capitalistas esta ayuda corre el peligro de ser poco eficaz; en los países socialistas tiende a convertirse en absorción total. En uno y en otro caso el ejercicio del poder político no se mide por el progreso del hombre sino por los intereses egoístas de los múltiples o del único patrón.

61.- La apreciación de esta coincidencia en los efectos reales sobre el hombre a que conducen sistemas aparentemente tan opuestos, debería llevarnos a una superación de los dogmatismos ideológicos. Paulo VI denuncia enérgicamente sus peligros enajenantes (37) y saluda el actual retroceso de las ideologías en el mundo como algo que **"puede constituir un momento favorable para una apertura a la trascendencia del cristianismo"** siempre que no implique **"un deslizamiento más acentuado hacia un nuevo positivismo"** (38) absolutizador de la eficacia puramente técnica, lo que no sería sino una nueva manifestación de mentalidad economicista. En efecto, el mundo parece ir hacia sistemas más pragmáticos, en que **"socialismo"** y **"capitalismo"** son esquemas de simple referencia, y en que tanto las formas de participación como las estructuras de gobierno, la planificación y la vida económica se realizan cada vez más integrando elementos provenientes de sistemas diversos. Más que optar entre **"sistemas**

rígidos\", se trata de juzgar conforme a valores doctrinarios, opciones concretas y prácticas. América Latina parece marchar con su reloj atrasado en este proceso pues los dogmas ideológicos siguen imperando entre nosotros. Sin embargo, la realidad muestra cada vez más la semejanza de fondo de la mentalidad falsamente humanista que los inspira.

62.- Con esto, el sentido de la opción cambia bastante para los cristianos, pues ya no se trata de reemplazar unas estructuras cargadas de pecado por otras cuajadas de esperanza: tanto las estructuras capitalistas como las socialistas -en cuanto estén inspiradas por una mentalidad falsamente humanista- necesitan ser purificadas de los elementos de opresión que las manchan y el deber del cristiano -mientras no pueda crear otras mejores y más a su gusto-- es el de decidirse por aquellas que ofrezcan **mayores posibilidades** de ser humanizadas según el espíritu del Evangelio.

63.- Hasta aquí podría dar la impresión de que la Iglesia trata de mantener cuidadosamente su neutralidad, criticando en forma equitativa a las diferentes opciones y sin atreverse a precisar con mayor claridad el grado concreto de resistencia que cada una de ellas ofrece a esta cruzada de humanización de cualquier tipo de estructuras a que se invita a los cristianos. Evidentemente, puede decirse cuáles son las opciones que **objetivamente** aparecen como más \"duras\" a una penetración cristiana: son las que más se acercan a los dos extremos, al capitalismo liberal clásico o a un socialismo marxista clásico. Frente a ellas los riesgos de que los cristianos fracasen en sus intentos de \"colaboración humanizante\" son evidentemente mayores pues estos dos extremos son los más **endurecidos** por su dogmatismo. (En el caso del marxismo se observa también - independientemente de los valores y peligros de su contenido **objetivo**- una forma particular de \"endurecimiento\" de tipo más bien **psicológico** o **subjetivo**: en efecto, por ser el marxismo la fuerza hoy día en ascenso, está empapado de un **triumfalismo mesiánico** que tiende a imprimirle una actitud aún más dogmática e intransigente que la de otras ideologías actualmente en declinación y que ya han hecho entre nosotros la dura experiencia de sus limitaciones y fracasos). Pero esta afirmación **no** implica necesariamente que entonces deba preferirse otras vías teóricamente más \"permeables\" frente al Evangelio o más concordes con él: a veces pueden ser las empresas más arriesgadas las únicas factibles y con posibilidades de éxito. Por eso, la Iglesia puede y debe decir dónde son mayores los riesgos pero no puede ni debe negarle a nadie el derecho a arriesgarse.

El riesgo político

64.- El riesgo es algo inherente a la vida humana. Es un derecho y un deber del hombre. Sin embargo, debe ser asumido responsablemente, bajo determinadas condiciones. **En primer lugar**, tiene que haber **proporción** entre lo que se arriesga y lo que se pretende alcanzar a través de dicho riesgo (en este sentido, nadie tiene derecho, por ejemplo, en atención a la pura expectativa de un mejoramiento económico, a asumir riesgos tan grandes que pudieran significar un suicidio moral). **En segundo lugar**, es necesario que se conozcan exactamente los **peligros objetivos** del camino que se escoge y, **por último**, que se cuente con una **capacidad subjetiva real** de superarlos. En el plano profesional es plenamente reconocido este derecho a un \"riesgo razonable\", dentro de las condiciones recién fijadas (pensemos en el caso de los astronautas). Nada impide reconocer

-bajo las mismas condiciones de prudencia- el derecho al riesgo político. La tarea de la Iglesia en relación a este punto consiste, por un lado, en mostrar a los cristianos con objetividad los peligros de deshumanización a los cuales se exponen las diferentes opciones; y, por otro lado, en tratar de asegurar de la manera más intensa posible su fidelidad al Evangelio como fuente de vida y, así, de energía humanizante. La medida en que un cristiano esté verdaderamente compenetrado del Evangelio y unido personalmente -en forma vital y no solamente intelectual- a Jesucristo, como Centro personalizante y liberador del universo, esta misma será la medida de su capacidad para juzgar el grado en que puede arriesgarse razonablemente y, al mismo tiempo, la medida de su inmunidad ante los efectos deshumanizantes de la mentalidad capitalista o marxista.

65.- Tal vez sea conveniente observar que si hemos hablado tanto de **riesgos** y de **peligros**, no se trata en modo alguno de propiciar una actitud \"timorata\" o \"a la defensiva\" por parte de los cristianos. De ninguna manera: el cristiano debería ser, por definición, un hombre que ha vencido el miedo, ya que si su fe fuese verdaderamente viva, nada debería opacar la victoriosidad pascual de su esperanza. Sin embargo, ello en nada se opone a valorar responsablemente aquellos riesgos y peligros que, de hecho, **objetivamente**, existen. Esto debe hacerlo cada cristiano muy en conciencia, precisamente para poder asumir después, **con total valentía**, la actitud que le parezca la más **razonable**; la de enfrentar con audacia los peligros que juzgue susceptibles de ser superados -por más grandes que ellos puedan ser- o la de rechazar -también con decisión valiente- aquellos caminos que le parezcan necesariamente condenados al fracaso.

66.- Si fuésemos plenamente objetivos, todos los cristianos podríamos tal vez llegar a coincidir en nuestro juicio de valor sobre las ventajas y los peligros de un modelo de capitalismo o de socialismo determinado. Ello no significaría, sin embargo, que todos tuviéramos que optar de la misma manera ante ellos: porque podemos diferir en la apreciación prudencial de las **posibilidades reales** que tiene el país de superar los riesgos objetivos que estos distintos caminos presentan o porque no todos se sienten, subjetivamente, con la vocación o con las fuerzas para intentar esa tarea.

Las condiciones para la opción política de los cristianos

67.- Más no puede decirse oficialmente en nombre de la Iglesia, si es que realmente se desea respetar la libertad de los cristianos. Cada uno quisiera que Ella apoyara oficialmente la opción que él ha escogido y tiende a acusarla de equilibrista si se presenta como neutral: pero esta neutralidad frente a la política partidista es el precio real de la libertad de cada uno. A todos y a cada uno de los cristianos la Iglesia pone, para escoger cualquier opción política, una misma y única condición: que esta opción política no signifique una traición sino la realización de su opción fundamental por el Evangelio. Esto exige tres cosas. **Primero**: que el cristiano, al optar por un sistema o partido político determinado, debe escoger aquél en que vea mayores posibilidades reales de luchar por abrirle paso en la Historia de Chile a la fuerza liberadora de la Resurrección de Cristo. **Segundo**: que cada cristiano debe comprometerse a intensificar su vivencia del Evangelio para poder criticar **permanentemente** su opción a la luz de él, esforzándose por hacer fermentar todo lo noble que ella contenga en valores humanos y por contrarrestar con energía todo aquello que el Evangelio le señale en ella como factores o peligros deshumanizantes. Una opción puede

ser **tomada** con la conciencia clara de que se trata solamente de la que parece \"relativamente\" mejor, pero luego, la necesidad táctica de **defenderla** en medio de la lucha política, conduce insensiblemente a \"absolutizarla\" y a perder la actitud crítica ante ella: por eso los cristianos deben permanecer vigilantes. **Tercero:** que cada uno conozca los riesgos de la opción que hace y los asuma de acuerdo a las condiciones establecidas en el número 64. Para que este riesgo no sea ingenuo, cada uno debe juzgar responsablemente la dinámica de los elementos negativos inherentes a su opción y saberse en **posesión cierta** de los recursos necesarios para neutralizarlos, de manera que, a la larga, sea él quien logre humanizar y fecundar su opción mediante el Evangelio y no su opción la que termine quebrando en él la fidelidad integral al Evangelio y al hombre.

Importancia de la independencia política de la Iglesia

68.- A la luz de estas últimas afirmaciones comprendemos mejor el valor **positivo** de la independencia política de la Iglesia, considerada en su conjunto como Pueblo de Dios. Aquí se trata no sólo de salvar la libertad de los cristianos y la fidelidad de la Iglesia a su misión específica -que se sitúa en un plano más profundo que el de la política partidista- sino también, de asegurar -a partir de ese plano-, su ayuda eficaz a todos los grupos políticos en que militan los cristianos. En efecto, concentrándose en su tarea de proclamar con fidelidad y pureza los auténticos valores humanos del Evangelio, la Iglesia proporciona a todos sus miembros el fermento necesario para que cada cual pueda fecundar desde dentro su opción respectiva. En cada una de ellas existen semillas de Resurrección. Pues bien, la Iglesia no quiere que se pierda ninguna de las energías liberadoras que palpitan en la humanidad, como tampoco quisiera dejar ningún elemento de opresión y pecado sin combatir. A través de los cristianos presentes en diversos partidos, ella puede estimular lo positivo y humanizante de tales posturas políticas y ofrecer, a la vez, en dichos frentes, una voz interna de denuncia ante cualquier peligro de manipulación del hombre, de injusticia, de deformación de la verdad.

Los responsables de la Pastoral ante la política

69.- La necesidad de servir al esfuerzo simultáneo de todos los cristianos por hacer vida el Evangelio desde el seno de cualquiera de las posiciones políticas legítimas impide, a quienes, por razón de su cargo, aparezcan como representantes oficiales de la Iglesia, abanderizarse **públicamente** con un grupo o partido determinado. En esta situación se encuentran no sólo los ministros de la Iglesia -obispos, sacerdotes (39) y diáconos-, sino también los religiosos y laicos que ocupen un puesto directivo en la pastoral. En lo que toca a los laicos, esta limitación se refiere, evidentemente, sólo a los actos que realicen en el desempeño de su cargo pastoral: no tienen derecho a usar de la autoridad moral que éste les da para favorecer posiciones partidistas. A título personal, sin embargo, todas las personas a que nos hemos referido gozan de la misma libertad en materia política que cualquier otro cristiano. Pero en su condición de pastores (o de encargados de la acción pastoral) no deben aparecer con otra preocupación que la de permanecer abiertos a todos: para poder entregar a cada uno ese mismo Evangelio que fecunda las luchas de todos en el sentido de Cristo y del hombre. La apertura real de sus jefes hacia militantes de diversos partidos es el mejor índice de que la Iglesia, en cuanto Iglesia, permanece en su terreno

propio, el del Evangelio, donde el diálogo -por lo menos en lo que depende de la Iglesia- debería ser siempre posible con todos. Esto no significa que las personas mencionadas renunciemos al compromiso real con la vida del país. No: renunciemos al compromiso público con un partido o sistema **determinado** para poder comprometernos más hondamente con todos los hombres comprometidos de **todos** los grupos que sinceramente trabajan por construir un Chile mejor. Pero nos comprometemos según el modelo de Cristo y al nivel de su Evangelio.

70.- Así creemos también capacitar mejor a la Iglesia para prestar un servicio único y de gran importancia para el momento que vivimos: el servicio de la unidad, el del diálogo. Los grandes obstáculos que Chile deberá superar para vencer el subdesarrollo exigen la colaboración generosa de todos. Pero en nuestro ambiente politizado se hace enormemente difícil discernir y acceder a lo que pide el bien común cuando sus exigencias nos son presentadas por rivales políticos. Si los cristianos lograran hacer realmente del Evangelio un lazo, una fuerza y una meta común más poderosa que las diferencias que los separan en otros planos, entonces deberían ser ellos los que más se esforzaran, desde su tienda política, por respetar y escuchar a los que militan en otras, no absolutizando de tal manera la posición propia, que se vuelvan ciegos ante los signos que pudieran estar manifestando llamados de Cristo Liberador a través de proposiciones o planes del grupo contrario. Sin este respeto al pluralismo político -en base al compromiso común con el Evangelio, como único absoluto, y a la independencia partidista de sus pastores- la Iglesia no podrá cumplir en nuestra patria su tarea de sacramento de la unidad, y el Chile solidario con que soñamos nunca amanecerá, mientras dentro de los cristianos -que deberíamos ser su fermento- existan aún grupos que se erijan a sí mismos en absolutos y, por lo tanto, en condenadores y opresores de los demás.

71.- En cuanto a los religiosos, es necesario observar que cada vez son más numerosos los que trabajan en tareas de promoción humana, de suyo independientes de la acción pastoral oficial de la Iglesia. Sin embargo, aun en medio de dichas labores, la situación de los religiosos no puede equipararse a la de los laicos, ya que el sentido de su presencia en esos ambientes es otro: el de dar, en primer lugar, testimonio del espíritu de las bienaventuranzas. Por eso también allí deben cuidar los religiosos que un compromiso político de tipo partidista no oscurezca la claridad del sentido más hondo de su vocación.

V. La tarea común: Luchar por los valores cristianos

El Dios del Evangelio y los valores humanos

72.- Los cristianos, sea cual sea su opción política, se sienten unidos en una tarea común más profunda: la de humanizar a todas las opciones legítimas, a todos los tipos de estructuras y a todos los hombres mediante la fuerza liberadora del Evangelio de Jesucristo, para que surja un mundo más humano y, también, más que humano. La fecundidad de esta tarea dependerá de la fidelidad de cada uno al Evangelio. Y fidelidad al Evangelio significa, en primer lugar, fidelidad a Dios, opción por Dios: por creer en Él, por amarlo y adorarlo, por hacerlo presente en todos los dominios de la vida y las estructuras del mundo, también en las de la política y la economía. Dios no es un \"elemento religioso\" para uso exclusivamente privado en el culto y en el templo: Él es fuente y

fundamento último y, a la vez, planificador de todo cuanto existe, en especial del hombre y de la sociedad. Sólo ajustándonos a su sabia y amorosa voluntad podemos encontrar -en cualquier orden de cosas- la plenitud de vida que todos buscamos y a la cual Él nos tiene destinados y nos conduce.

73.- El ateísmo moderno (y con él el marxismo) rechazan muchas veces una falsa imagen de Dios en quien temen encontrar un rival del hombre o un argumento para su explotación. Piensan que la afirmación de un Absoluto fuera del hombre se traduce necesariamente en alineación de éste, en debilitamiento de su dignidad propia o del valor de su acción en la Historia. El Dios del Evangelio, sin embargo, entra precisamente en la Historia como Liberador del hombre y para afirmar su dignidad como jamás nadie lo habría osado: proclamando solemnemente que el hombre bien vale la muerte y la sangre de Dios. A Dios no hay necesidad de matarlo para liberar al hombre: Él ya murió voluntariamente por esta causa. Para que nadie jamás se sintiera con derecho a mediatizar o instrumentalizar a su valiosísima criatura, quiso Él mismo convertirse en medio e instrumento para la liberación integral del hombre.

74.- Es también Dios quien llama al hombre a participar en la Historia, a construirla juntos, colaborando en estrecha alianza. Dios es Padre, pero no paternalista. Él llama a los hombres a ser sus hijos, pero hijos libres y responsables que trabajen junto a Él para convertir el mundo - mediante la acción sobre los demás hombres y sobre las estructuras culturales, sociales, políticas y económicas- en verdadero hogar y casa paterna de todos. Es su providencia la que ha trazado el proyecto y la que abre los caminos. Es Dios mismo quien, en cada instante, suscita la libertad del hombre y le regala las energías necesarias para acometer esta obra. Es Él, finalmente, como Señor de la Historia, quien en último término tiene en sus manos el timón de los acontecimientos, y quien corona de fecundidad cada esfuerzo desinteresado y noble, así como un día coronará la Historia entera sumergiéndola para siempre en la plenitud de la Resurrección de Cristo.

75.- La Historia de Chile se irá haciendo verdaderamente una Historia de liberación, en la medida en que se desarrolle en el sentido querido por Dios. Ello exige hombres que no sólo anuncien a este Dios Liberador de la Historia sino que, realmente, **forjen** Historia con Él. Para ello deben existir, en los diversos partidos políticos y en todos los centros donde se decide la vida nacional, hombres que permanezcan en estrecho contacto con Dios, a través de un continuo diálogo personal con Él, y que sepan, así, reconocer sus voces y sus planes y abrirse a la fecunda energía de su amor. Sin hombres de Dios, sin santos, ninguna historia puede convertirse en Historia de salvación: sólo los santos son capaces de santificar verdaderamente -es decir, de impregnar de la presencia liberadora de Dios- las estructuras sociales.

La imagen cristiana del hombre

76.- La opción por el Dios del Evangelio se convierte, necesariamente, en opción por el hombre del Evangelio. Al escoger un sistema político o socioeconómico determinado, los cristianos debemos comprometernos a luchar para que ese sistema permita no solamente profesar nuestra fe en Dios, sino, también, vivir efectivamente conforme a la dignidad y a la libertad a que todos los hombres tenemos derecho según nuestra vocación de personas y de hijos de Dios.

77.- Para los cristianos, nuestra vocación de hijos de Dios representa la culminación del ideal de la personalidad libre: porque ser libre equivale a poder sentirse en el mundo y en la sociedad humana tan a sus anchas como en la casa del propio Padre. Es el hijo -y no el emancipado- la verdadera antítesis del esclavo. El esclavo emancipado -llámese el intento de emancipación ateísmo o como se quiera- ha cortado ciertas cadenas exteriores, pero no necesariamente ha cambiado su corazón de esclavo y permanece, por lo mismo, en peligro permanente de volver a caer en poder de nuevos amos -de la máquina, de la economía, del Estado- o de convertirse, a su vez, en esclavizador de los otros. El Hijo de Dios, por el contrario, es el hombre integralmente libre: libre en su corazón y con derecho a vivir también en un ambiente social de auténtica libertad, a cuya construcción él se siente especialmente llamado.

78.- Por eso los cristianos tenemos el grave deber de convertir a Chile -mediante la transformación de sus hombres y estructuras- en verdadero hogar de todos. Cada chileno tiene derecho a **participar efectivamente** (40) en los bienes y en todas las actividades de la gran familia que somos y la obligación de compartir también con los otros los sacrificios que impone la construcción de la casa común. Nadie puede acaparar para sí los bienes que el Padre ha entregado para uso de todos sus hijos, descargando sobre los otros el peso de los sacrificios. Debemos ser solidarios, pero recordando que es la casa para los hijos y no los hijos para la casa. No es legítimo -con el fin de acelerar la edificación del país- convertir a ningún hijo en esclavo. Ninguno puede ser instrumentalizado. A cada uno debe reconocérsele siempre el derecho inalienable a la libertad de pensamiento y de crítica, y el respeto necesario para poder hacer a la comunidad el aporte irremplazable de su riqueza subjetiva. Nadie puede ser marginado; nadie puede ser tampoco injustamente presionado por medios económicos o ideológicos: al impedir la participación **real** de todos -independientemente de los derechos **teóricos** que concedan las leyes o las ideologías (41)- en los diferentes aspectos de la vida nacional, se destruye la sociedad, la familia, y se aliena al hombre, quien comienza a sentirse extraño donde -como hijo de Dios- tiene derecho a sentirse en casa.

La imagen cristiana de la sociedad

79.- La opción por el hombre del Evangelio nos obliga a optar también por la imagen evangélica de la sociedad. Como cristianos, no podemos aceptar un sistema socio-económico sino en cuanto nos parece capaz de llegar a crear las condiciones que permitan alcanzar una sociedad que sea realmente esa familia, esa comunidad de hermanos, donde cada uno pueda vivir conforme a la dignidad y libertad de los hijos de Dios. Esta fraternidad universal (42) ha sido y permanecerá siempre el gran anhelo de la humanidad. Nosotros pensamos que su posibilidad depende de la fidelidad a la imagen del Dios y del hombre del Evangelio: porque solamente quienes se sienten hijos de un Padre común lograrán reconocerse como auténticos hermanos. La proclamación de una fraternidad autónoma implica una negación de las leyes mismas de la naturaleza. Sin la conciencia de poseer origen y fin común en un mismo y superior Centro Personal, aun los más nobles vínculos de amistad que puedan atar a los hombres, estarán permanentemente expuestos al peligro de despersonalizarse, de deshumanizarse, y fracasar en su búsqueda de fraternidad verdadera.

80.- Esa es la tragedia que palpamos en los países capitalistas y socialistas: en unos y otros, la orientación materialista de la vida termina conduciendo a una solidaridad fría, a una solidaridad utilitarista y planificada, fundada exclusivamente en la eficacia, en la valoración del otro según su capacidad para producir utilidades o poder político. Es una solidaridad de técnicos, de productores, de militantes, pero no siempre una solidaridad de personas. Por eso las personas caen a menudo sacrificadas a los intereses económicos y políticos del grupo. Por eso también -y paradójicamente- en nuestras sociedades modernas, sean del corte que sean, el hombre, colectivizado, reducido a la calidad de tornillo o de átomo en la masa, sufre -en medio de las anónimas multitudes urbanas- la opresión de una profunda y nueva soledad interior (43): en aras de una solidaridad puramente externa, se ha matado el amor. Y conviene recordar que el progreso, la justicia y la solidaridad sin amor son inhumanos.

81.- En la comunidad fraternal que nos propone el Evangelio -y cuya célula básica y ejemplar es la familia- Dios, como Padre común, aparece no sólo salvando el derecho a la libertad y a la participación de cada uno de sus hijos sino, también, el carácter humano y personal de los vínculos que unen al grupo entero (44). El Evangelio de Jesús resucitado aparece así como fuente, norma y garantía de liberación, humana y personalizante, para el hombre y la sociedad. Es tarea de los cristianos -que en la mesa de su Padre se alimentan con el Pan de la Unidad- impregna de verdadera solidaridad fraternal las futuras estructuras sociales de Chile. Ello será posible en la medida en que seamos realmente hermanos entre nosotros. Si el amor de Jesucristo en la Eucaristía no nos basta para aceptar y respetar a quienes -dentro de la misma Iglesia- han escogido opciones políticas diferentes, entonces jamás lograremos superar nuestros dogmatismos partidistas y crear una sociedad que sea hogar de todos.

El compromiso de los cristianos con la vida nacional

82.- Al precisar, en sus líneas más esenciales, cuál es la imagen de Dios, del hombre y de la sociedad que nos presenta el Evangelio, lo que hemos querido es recordar cuáles son los valores que los cristianos consideramos como auténticamente humanos, como realmente personalizantes de la vida del hombre y de la sociedad y, por lo mismo, como verdaderos valores de liberación y de solidaridad. La encarnación, la promoción y la defensa de estos valores es **tarea común** de todos. Podemos discrepar acerca de los caminos más adecuados para luchar por su realización -y por eso los cristianos tienen libertad para su opción política- pero si realmente hemos optado por el Evangelio de Jesucristo Resucitado, estamos obligados a coincidir en la imagen de Dios, del hombre y de la sociedad que de él se desprenden. Diferimos en los caminos pero no en la meta. "Lo que une, en efecto, a los fieles es más fuerte que lo que los separa" (45). Y es de máxima importancia subrayar esta coincidencia en lo fundamental: así no solamente se facilitará el diálogo intraeclesial de los cristianos que militan en partidos diferentes -y que podrán sentirse unidos en lo esencial, más allá de sus diferencias- sino que, también, se hará más eficaz el servicio común a la vida nacional.

83.- La lucha por los valores señalados al hablar de nuestra imagen común de Dios, del hombre y de la sociedad, no quiere llevarse a cabo en un plano puramente "moralista" o "privatista", en

el sentido de que cada cristiano se preocupe de tenerlos en cuenta en su vida moral y privada. En los números 7, 8 y 9 hemos hablado de "estructuras de pecado", de estructuras impregnadas de fuerzas deshumanizantes o despersonalizantes. Pues bien, la lucha común de los cristianos por los valores del Evangelio, debe ser una lucha por vivirlos personalmente, por ayudar a que todos los hagan propios, pero también, por oponerse juntos a todo lo que revele como estructuras de deshumanización o despersonalización. Y, en relación con esta misión común, la militancia en partidos políticos diversos, más que como dificultad, puede ser considerada como una gran ventaja.

84.- En efecto, la vida nacional no se forja totalmente en el seno de ningún partido político, sino más bien en organismos donde concurren representantes de todas las corrientes, como deben ser los organismos de gobierno (ministerios, tribunales, congreso) o administrativos, los centros de planificación y, especialmente, aquellos que se denominan "estructuras intermedias" y que "constituyen la trama vital de la sociedad" (46): los sindicatos, institutos de educación, escuelas, juntas de vecinos, centros de madres, organizaciones culturales, etc. Es en todos estos lugares donde se decide "la expresión real de la libertad y de la solidaridad de los ciudadanos" (47) y, por lo mismo, el tipo de hombre y de sociedad que se está propiciando. Por eso, es aquí donde los cristianos deben unirse en la lucha por los valores humanizantes y personalizantes ya señalados.

85.- Mientras en Chile haya pobres, mientras haya gente que sufre, hombres oprimidos y marginados, mientras subsistan las discriminaciones y las violencias de cualquier tipo, mientras se siga midiendo a las personas con criterios de eficacia económica o política, mientras la igualdad y la participación no sean **reales** en todos los campos de la vida nacional, los cristianos no podemos permitirnos ni el descanso ni las desuniones en aquello que toca a lo esencial de nuestra misión. Es **deber** de los cristianos, en todas las instituciones u organismos donde se encuentren, el de tenderse la mano, el de juntar sus fuerzas y unir sus voces, cada vez que se trate de impulsar o- de defender -lo más vital e íntimo, lo que nos interesa en común por sobre cualquier partidismo: los valores de auténtica liberación y solidaridad humanas, cuya última norma es para nosotros el Evangelio de Jesucristo Resucitado. Evidentemente, en esta tarea nos sentimos también unidos con todos los hombres que luchen por idénticos valores, aun cuando ellos no reconozcan esa relación esencial que todo lo verdaderamente humano tiene con el Evangelio.

86.- Por ello es también un **deber** de los cristianos la participación activa -en la medida de las fuerzas y de la vocación de cada uno- en todos los organismos más arriba señalados. Sin ese compromiso real por la vida nacional, su compromiso con los valores del Evangelio permanece teórico o parcial, reducido solamente al ámbito de su vida moral privada; y la fuerza liberadora de la Pascua de Cristo no puede irrumpir en la vida social como para convertirse, verdaderamente, en Pascua, en liberación de la Historia.

87.- Por otro lado, es evidente que, para alcanzar este efecto, el compromiso político y social debe nacer del Evangelio y orientarse permanente y vitalmente por él. A la Iglesia no le interesa el **activismo** político y social: le interesa el compromiso **liberador**. Y el de los cristianos va a ser tal en la medida en que estén vitalmente penetrados del Evangelio y de sus valores de liberación y solidaridad, en la medida en que su intimidad con Jesucristo los haya conducido a hacer propia la

imagen del hombre y de la sociedad que Jesucristo anunció y en que día a día luchan por encarnarlas en sí mismos, para poder así, más sincera y eficazmente -ya que nadie puede dar lo que no tiene- proclamarlas a otros, imprimirlas en las estructuras que condicionan la vida nacional. Por eso, la Iglesia, respetando la diferente opción política de cada uno, pone a todos los cristianos esta común y doble exigencia: que conozcan y vivan el Evangelio y que se comprometan con la vida real del país, para orientarla según los valores del hombre y de la sociedad que resplandecen en el Evangelio. Esa es la tarea en que **todos** debemos estar unidos. Si somos fieles a ella, no obstante la militancia política diferente, la Iglesia cumplirá en Chile su misión de Sacramento de la Unidad y de Sacramento de Salvación.

La Iglesia ante el Gobierno

88.- Como pueblo de Dios, la Iglesia siempre ha sido respetuosa y ha estado dispuesta a colaborar con el gobierno legítimamente constituido a quien la providencia de Dios, actuante en la Historia, ha entregado por un período determinado la responsabilidad de dirigir la marcha del país. El sentido de este respeto y de esta colaboración ha quedado ya suficientemente expresado. La Iglesia, al no comprometerse oficialmente con ningún partido político, considera como su aporte propio a la construcción del país el servicio de estimular y apoyar con su Evangelio todo cuanto en la vida nacional vaya en la línea de una verdadera liberación humana, y de oponerse, por otro lado, a lo que, a la luz de ese mismo Evangelio, se revele como fuerza de esclavitud. Este apoyo y esta denuncia los prestará la Iglesia, normalmente, a través de cada cristiano, desde dentro de las distintas opciones e instituciones sociales y políticas, lo que no significa renunciar al derecho de hablar también oficialmente cuando la gravedad de algún hecho -que ponga en peligro el bien común y los valores humanos esenciales al Evangelio- así lo exija. La Iglesia prestará, mediante su fidelidad al Evangelio, el servicio de la unidad, el del diálogo, el de la apertura sincera a todos, y por eso ella lo ofrece, en primer lugar, al gobierno, quien por razón de su cargo, está también llamado a ser eje de la unidad del país y servidor del progreso de todos.

89.- Para todas nuestras autoridades legítimas -compartan o no nuestra fe del Evangelio- pedimos en nuestras oraciones la luz y la fuerza de Dios, de manera que, a través de sus decisiones políticas y administrativas, puedan abrir paso a la energía liberadora de Cristo, que busca hacerse real - ahora, en 1971- para todos y cada uno de los chilenos. Quiera la Virgen del Carmen, como Madre del pueblo de Chile, y de acuerdo al carisma que Dios le ha confiado en la Historia, hacernos cada vez más familia, más hijos de Dios, y más hermanos en esta tierra de Dios. Que Ella, como Estrella de la Patria, conduzca a Chile hacia el Sol de Jesús resucitado.

NOTAS

(1) Juan 10, 10.

(2) Carta Apostólica de Paulo VI, Nº 11.

(3) C. Ap. Nº 45.

(4) Ver "\"Orientaciones pastorales\" de Chillán, La Serena y Concepción.

(5) C. Ap. Nº 41.

- (6) C. Ap. Nº 10.
- (7) Lc. 5, 31.
- (8) C. Ap. Nº 23
- (9) Mt. 5.
- (10) Ya lo hemos hecho en \"El deber social y político de los cristianos\", \"La Iglesia y el problema del campesinado chileno\" y \"Chile, voluntad de ser\".
- (11) C. Ap. Nº 30.
- (12) C. Ap. Nº 50.
- (13) C. Ap. Nº 29.
- (14) C. Ap. Nº 22.
- (15) C. Ap. Nº 31.
- (16) C. Ap. Nºs 16 y 23.
- (17) C. Ap. Nº 45.
- (18) Génesis 47, 13-34.
- (19) C. Ap. Nºs. 26 y 35.
- (20) C. Ap. Nº 31.
- (21) C. Ap. Nº 32.
- (22) C. Ap. Nº 32.
- (23) C. Ap. Nºs. 26 y 33.
- (24) C. Ap. Nº 26.
- (25) C. Ap. Nº 28.
- (26) C. Ap. Nº 33.
- (27) C. Ap. Nº 38.
- (28) C. Ap. Nº 39.
- (29) Lenín, en \"Tareas de las Uniones Juveniles\".
- (30) C. Ap. Nº 33.
- (31) Medellín, 1, 10.
- (32) C. Ap. Nº 25.
- (33) C. Ap. Nº 33.
- (34) C.Ap.31.
- (35) C. Ap. Nº 34.
- (36) C. Ap. Nº 46.
- (37) C. Ap. Nºs. 26, 27 y 28.
- (38) C. Ap. Nº 30.
- (39) Respecto de los sacerdotes, ver Concilio Vaticano II, Constit. sobre la Iglesia en el mundo de hoy Nº 76 y Decreto sobre la vida de los presbíteros Nº 9.
- (40) C. Ap. Nºs 23 y 47.
- (41) C. Ap. Nº 23.
- (42) C. Ap. Nº 17.
- (43) C. Ap. Nº 10.
- (44) C. Ap. Nº 11.
- (45) C. Ap. Nº 50.
- (46) Medellín 1, 7.
- (47) Id.